De nuevo el arte de Juan Rulfo: *Pedro Páramo* reestructura(n)do *

La novela es mito, lenguaje y estructura.
Y al ser cada uno de estos términos es,
simultáneamente, los otros dos.

CARLOS FUENTES: *La nueva novela hispanoamericana.*
México, 1969, pág. 20.

Se ha robustecido la urgencia de llegar
hasta la realidad histórica misma a través
de la tradición y su expresión y transmisión:
la historia de la literatura debe volverse
historia de problemas.

MARTÍN HEIDEGGER: *El ser y el tiempo.*
México, 1951, pág. 19.

Introducción

Aludiendo en 1969 a la nueva novela hispanoamericana, Carlos Fuentes destaca la renovación de su lenguaje y, en cuanto a la obra en sí, la apertura de los significados. «Nuestros días —afirma Fuentes— deben ser de desorden; es decir, de un orden posible, contrario al actual» [1]. Nada más apropiado a una lectura de *Pedro Páramo* que esta frase. ¿Qué ocurre, sin embargo, cuando el desorden se configura —mediante una relectura— en un «orden posible»? O, mejor aún, ¿cómo confrontar el actual orden hecho posible por la crítica centralizada en la narrativa de Rulfo? La primera pregunta emerge de un inevitable fenómeno encontrado en toda lectura; por más incoherente que sea la realidad textual, un principio de comprensión exige ordenamiento, coherencia y captación de estructuras significativas integradas por la imaginación. La segunda pregunta desborda la obra de Rulfo y se desplaza a la crítica que se ha establecido en torno suyo.

Y en la crítica de Rulfo existe un orden establecido, formado a lo largo de más de veinte años de constante asedio. Se imponen, consiguientemente, tres posibles lecturas: la del autor, la de la crítica y —lo que no suele encontrarse— la de una

* Este ensayo crítico ha sido entresacado de un trabajo más extenso titulado «De nuevo el arte de Juan Rulfo o Macario pide la palabra», inédito.

[1] CARLOS FUENTES: *La nueva novela hispanoamericana.* México, Joaquín Mortiz, 1969, pág. 32.

historia de la crítica sobre el autor, detallando mutaciones de gustos literarios y sus intermitentes estancamientos manifestados a lo largo de un proceso crítico. Una gran porción de esta crítica se basó, en primer lugar, en analogías temáticas y en hallazgos que en su día fueron ingeniosos, pero que, debido a un fenómeno natural, hoy descansan sepultados por una crítica más exigente o por métodos de lectura distintos a los anteriores. Lo que inicialmente fue un conjunto de asociaciones sugerentes, aunque nada novedosas (ejemplo: Juan Preciado=Telémaco, o el mexicano en busca de su padre; Pedro Páramo=Ulises; Susana San Juan=el amor «imposible», etc.), se reificó prontamente en figuras mineralizadas que obstruyeron una visión clara de la realidad textual.

Otro problema que se encontraba en la lectura de *Pedro Páramo* era el relacionado a su estructura narrativa, la cual se solía dividir en dos partes constituyentes de un todo «coherente». Respecto a la división bipartita de *Pedro Páramo,* parece que había consenso en la crítica [2]. Esto se entiende si se efectúa una lectura que haga de Juan Preciado el narrador principal de la supuesta primera parte, mientras que en la segunda sea el «autor» el narrador principal [3]. Pero la crítica que afirmaba y perpetuaba esta imagen de la estructura narrativa es aquella que se basaba en una estructuración propia al nivel más accesible de la narración. Y si con frecuencia se admitía lo lógico de este acercamiento, ahora se reconoce lo limitado de dichas estrategias de lectura. En la actividad que se esmera por reestructurar el sentido de un texto no hay —bien se sabe— una lectura final.

Los problemas que engendra cualquier acercamiento a *Pedro Páramo* son múltiples y característicos de toda narrativa que pone al desnudo tradicionales o inadecuados métodos de interpretación textual. Una lectura condicionada de acuerdo a los principios narrativos de *Pedro Páramo,* produce un sistema de condición temporal, ya que no pretende ordenar un texto que de por sí y en principio está en contra del orden tradicional en la narrativa. Esto no es, claramente, un caso aislado, puesto que se da también en textos de diversos autores, quienes manifiestan, en cuanto a la relación texto-lector, direcciones afines (ejemplo: Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes, etc.). Diríase que la forma narrativa se fundamenta en determinada filosofía (en el caso de Rulfo: reestructurar nuestra percepción de la realidad social/individual; requerir una lectura minuciosa, múltiple y contextual, opuesta a la que se lleva a cabo en novelas que, como otros productos manufacturados en serie, se consumen con rapacidad y olvido inmediato), y que, por tanto, un orden permanente desvirtúa la naturaleza del texto y limita la participación, inventiva e imaginación del lector. Diríase, también, que la crítica tiene una labor interminable, pero esto no debe entenderse pasajeramente, puesto que con ello se ocultaría el sentido que pudiera justificar dicho quehacer, siendo el de calar más hondo afincándose en lo que una tradición crítica tiene de más

---

[2] CARLOS BLANCO AGUINAGA, 1955; MARIANA FRENK, 1961; LUIS LEAL, 1964; SOMMERS, 1970; RUFFINELLI, 1977, etc.

[3] Con suma frecuencia se confunde, en *Pedro Páramo,* el narrador omnisciente con el «autor», noción que encubre o simplifica lo intrincado de la dialéctica interna de la narración. El narrador omnisciente desempeña una función bastante notable a lo largo de la novela, limitándose, en la mayoría de los casos, a una función descriptiva, ya sea del paisaje o de condiciones anímicas.

vigoroso y siempre consciente de la problemática y circunstancia que motiva toda lectura.

La motivación que dirige nuestra lectura de *Pedro Páramo* ha sido suscitada por el problema de su reestructuración. En cuanto a la supuesta coherencia de esta novela, no surgen discrepancias en la crítica; según Luis Leal, «una lectura cuidadosa, sin embargo, revela que, dentro de esa aparente confusión, hay una ingeniosa estructura, bien organizada y con una rígida lógica interna» [4].

Julio Ortega, de su parte, añade que «una lógica hecha de oscura rabia domina toda la novela, crea su coherencia tanto en la escritura como en las resonancias que el tema adquiere» [5]. Para no extender las citas, recordemos, por último, lo escrito por Ruffinelli en 1977:

> El aparente caos narrativo, la imagen de mosaico que nos da en un principio, revela de pronto una sutil y casi perfecta estructura en la que si a veces no hay nexos obvios para el lector, tampoco hay contradicciones... Sus leyes son otras que las de la novela realista, pero ello no quiere en ningún momento decir que carezca de leyes. Hay que encontrárselas [6].

En lo que sigue, tratemos de encontrárselas.

2

En un aparte de *Lo crudo y lo cocido,* Lévi-Strauss advierte que las transformaciones metodológicas son multidimensionales y que, por consiguiente, no se pueden explorar simultáneamente sin correr el riesgo de perderse; sugiere, por tanto, seguir la «regla metodológica» sin permitir desviación alguna [7]. Concordando con esta advertencia, intentaremos no perderla de vista; por más, pues, que las desviaciones nos inciten por doquier y por más que las múltiples dimensiones del relato resistan la organización sistemática, nuestra trayectoria será aquella que, partiendo de la esfera del mito, nos haga llegar a una conceptualización de la realidad histórica.

Si se desmembra *Pedro Páramo* de acuerdo al personaje o personajes que figuran

---

[4] LUIS LEAL: «La estructura de *Pedro Páramo», Anuario de Letras* (UNAM) IV, 1964, págs. 287-294. Nosotros citamos de la antología crítica de Sommers, *La narrativa de Juan Rulfo,* pág. 44.

[5] JULIO ORTEGA: «La novela de Juan Rulfo; *Summa* de arquetipos». *La contemplación y la fiesta* (Caracas: Monte Avila, 1969), págs. 17-30. Nosotros citamos de Sommers, *op. cit.,* pág. 84.

[6] JORGE RUFFINELLI: «Prólogo», en JUAN RULFO, *Obra Completa* (Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1977), págs. 31-32. Esta compilación de la obra de Rulfo es una valiosa aportación a la crítica, pues reúne relatos de no fácil acceso (e. g. «Un pedazo de noche», «La vida no es muy seria en sus cosas»), junto a un prólogo y cronología que contextualizan la lectura de los relatos. Desafortunadamente, esta edición está plagada de erratas, penoso resultado del descuido. Limitémonos a unos cuantos ejemplos: en página 113, dice «Pero yo no alcancé...», y debe decir «Pero ya no alcancé...»; en la misma página se escribe «Eduvigis», en vez de «Eduviges»; en página 116, no hay separación de divisiones narrativas; en página 134, leemos «Si es por los ajustes, nosotros...», cuando debe ser «Si es por los ajuares, nosotros...», en página 260, se escribe «La presencia de Matilde Arcángel», cuando es «La herencia de Matilde Arcángel», etc.

[7] CLAUDE LÉVI-STRAUSS: *Le Cru et le Cuit.* Plon, 1964, trad. John y Doreen Weightman, *The Raw and the Cooked* (New York, Harper Colophon Books, 1975), págs. XI+387. Nuestra referencia, de la edición en inglés, proviene de la página 118.

como signos predominantes en su respectiva área narrativa, *junto al diseño interno que le otorga organicidad a la misma,* tendremos por resultado cinco secciones (S), subdividibles en 68 divisiones narrativas (DN), las cuales encuentran su distribución de la siguiente forma: SI (1-5DN, págs. 7-15); SII (1-5DN, págs. 15-24); SIII (1-29DN, págs. 25-79); SIV (1-25DN, págs. 79-121), y SV (1-4DN, págs. 121-129) [8]. En seguida, analicemos solamente un conjunto de aspectos que, como hilos conductores, deberán llevarnos a lo largo de *Pedro Páramo.*

3

Las primeras líneas de *Pedro Páramo* denuncian la desnaturalización de los lazos de familia, la soledad y carencia de proyectos individuales, en fin, la falta de unidad espiritual en el personaje que, siendo parte esencial de una casta (Páramo), representará una de las vertientes o transformaciones de un destino histórico. Refiriéndose a su madre o padre, Juan Preciado hace uso de términos impersonales o casi despectivos tales como: «me dijeron» (en vez de «mi madre me dijo»); «un tal»; «aquel señor»; «el marido de mi madre», etc. Además, Juan no se considera una unidad física, sino un sistema de órganos con voluntad independiente: «Después volvieron a moverse mis pasos y mis ojos siguieron asomándose al agujero de las puertas» (SI: 3DN). A partir de la primera sección, Juan Preciado es un personaje falto de unidad de ser, erosionado en lo más íntimo: corporal e históricamente.

Desconociendo por completo su pasado, ya que no es hasta la muerte de la madre que llega a saber el nombre de su padre —y al resolverse a ir en su búsqueda—, la empresa se convierte en un viaje de *propósito integrador,* de comunión consigo mismo. La sangre vuelve a su lugar de origen (sangre de Pedro Páramo), pero en vez de vida integrada, Juan encuentra su plena desintegración. Como si interpretara retrospectivamente su destino, Juan le comenta lo siguiente a Dorotea: «Y me quedé. A eso venía» (SI: 4DN).

Pero Juan Preciado no fue a Comala pensando que ahí encontraría su muerte. El sentido original de su partida no fue tampoco vengarse ni el de simplemente visitar

---

[8] Veamos una distribución más detallada, basada en la decimosegunda reimpresión de *Pedro Páramo,* Fondo de Cultura Económica, 1973: *Sección I* (1DN, pág. 7; 2DN, págs. 8-11; 3DN, págs. 11-13; 4DN, pág. 13; 5DN, págs. 13-15); *Sección II* (1DN, págs. 15-17; 2DN, págs. 17-18; 3DN, págs. 18-19; 4DN, págs. 19-24; 5DN, pág. 24); *Sección III* (1DN, págs. 25-27; 2DN, págs. 27-28; 3DN, págs. 29-30; 4DN, págs. 30-32; 5DN, págs. 32-33; 6DN, págs. 34-35; 7DN, págs. 36-37; 8DN, págs. 37-38; 9DN, págs. 38-41; 10DN, págs. 41-42; 11DN, págs. 42-43, 12DN, págs 43-44; 13DN, págs. 44-45; 14DN, págs. 45-47; 15DN, pág. 47; 16 DN, págs. 47-49; 17DN, págs. 49-50; 18DN, págs. 50-51, 19DN, págs. 51-57; 20DN, págs. 57-58; 21DN, págs. 58-60; 22DN,, pág. 60; 23 DN, págs. 60-61; 24DN, pág. 61; 25DN, págs. 61-65; 26DN, págs. 65-69; 27DN, págs. 69-70; 28DN, págs. 70-72; 29DN, págs. 72-79); *Sección IV* (1DN, págs.79-81; 2DN, págs. 82-85; 3DN, pág. 85; 4DN, págs. 86-87; 5DN, págs. 87-88; 6DN, pág. 89; 7DN, págs. 89-93; 8DN, págs. 93-94; 9DN, págs. 94-95; 10DN, págs. 95-97; 11DN, págs. 97-99; 12 DN, págs. 99-100; 13DN, págs. 100-102; 14DN, págs. 102-103; 15DN, págs. 103-104; 16DN, págs. 104-105; 17DN, págs. 106-107; 18DN, págs. 107-109; 19DN, págs. 109-111; 20DN, págs. 111-113; 21DN, págs. 113-115; 22DN, págs. 115-117; 23DN, págs. 117-119; 24DN, pág. 119; 25DN, págs. 120-121); *Sección V* (1DN, págs. 121-122; 2DN, pág. 122; 3DN, págs. 123-127; 4DN, págs. 127-129).

al desconocido padre [9]. En otras palabras, no fue a Comala obedeciendo solicitudes de su madre o para cumplir promesas acordadas con ella antes de su muerte («Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta ahora pronto que comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala». (SI: 1DN.) Tenemos, pues, que Juan Preciado se nos presenta desprovisto de unidad en tres niveles: el *físico* (cuerpo atomizado); el *anímico* (voluntad fluctuante), y el *histórico* (desnaturalización de vínculos familiares). Hay, a la vez, en esta primera sección, tres tiempos o movimientos de flujo y reflujo, durante los cuales

---

[9] A un nivel estructural, la primera división narrativa es, en sí, un microcosmo de la totalidad, ya por su circularidad («Vine a Comala... Por eso vine a Comala»), o por su interna contradicción. En cuanto a esto último, notemos que Dolores Preciado habla con su hijo en dos ocasiones, una en un «antes» indefinido y la otra a un paso de la muerte. Y en estas dos ocasiones es obvio que estamos ante dos Dolores muy distintas: una llena de rencor; la otra en paz con el mundo y resignada a morir. Debido a una inversión temporal, el lector lee primeramente lo dicho por Dolores en su cama de muerte, para luego leer lo que será una expresión de odio y un deseo de que la vengue su hijo. Al invertir el orden de la narración, se muestra del todo la *discontinuidad* anímica de Dolores Preciado:

I. «Todavía antes me había dicho:

—No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro».

II. «No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte».

Lo dicho por Dolores en un indeterminado «antes» (I) es anímicamente lo *contrario* a lo dicho a punto de morir (II): en este caso se habla de *visitar* y de *darle gusto* a alguien quien «se llama de este modo y de este otro». A la vez, es obvio que Dolores Preciado jamás le había mencionado a su hijo el nombre de su padre o, incluso, algo acerca de su existencia. En el «antes» de la narración, sin embargo, Dolores expresa todo el rencor que ha abrigado por casi cuarenta años (como se verá más adelante, Dolores Preciado muere por el año de 1933, habiéndose casado con Pedro Páramo cerca de 1892, y siendo abandonada por él —quien le envía a Colima a vivir con Gertrudis Preciado— poco después de nacer Juan; de aquí que Juan Preciado muera aproximadamente de cuarenta años y su madre de unos sesenta). La retórica de odio se hace patente al leer con cuidado cada oración o frase: «No vayas a pedirle nada», parece referirse al hecho de que *parte* de las tierras de Pedro Páramo eran originalmente de Dolores Preciado —por consiguiente, patrimonio de Juan, cosa que no se pide, sino que se exige—. En la segunda oración, Dolores usa el «nuestro» para establecer una complicidad con su hijo (patrimonio «común», robado por Pedro Páramo), sugiriendo que el padre tiene algo («lo») en su poder que no le pertenece. En la tercera frase, hay referencia a una obligación y a algo («lo», de nuevo) nunca dado: ¿qué obligación? ¿A qué se refiere Dolores? ¿A lo que le debía desde tiempo de don Lucas? ¿Al rancho de Enmedio, nunca devuelto o, por lo menos, «compartido» por ser «mancomunado»? ¿Cariño? Nótese que contrario al «nuestro» anterior, ahora se usa «darme»: no-complicidad con Juan Preciado. ¿Qué le dice Dolores a su hijo en esta frase? Que su padre no sólo es un ladrón, sino que tampoco cumple con sus obligaciones. En la cuarta frase, Dolores de nuevo implica a Juan («El olvido en que *nos* tuvo...») y para hacer más efectiva su retórica de madre resentida —y antes de coronar su deseo de venganza («cóbraselo caro»)— Dolores le dice «mi hijo». En cuanto al «olvido» en que los tuyo, Pedro Páramo se muestra como un hombre, quien, además de ser ladrón e incumplido, fue la causa de la humillación y penuria de ambos, obligándolos a vivir «arrimados» en casa de Gertrudis. La complicidad que se remacha con el «mi hijo» equivale a lo siguiente: al hecho de que Juan es *hijo de Dolores* y no de Pedro Páramo, es decir, que Juan no es (malo) como su padre. Por último, el «cóbraselo caro» va más allá del dinero; en sentido figurado equivale a una solicitud de venganza. Dolores desea que su hijo hiera *moralmente* a su padre; lo del patrimonio perdido es solamente un incitativo para que Juan sienta parte del odio acumulado que ha envenenado a Dolores. ¡Cuán distinta es esta Dolores de la que está a punto de morir! La contradicción parece disolverse con su muerte; Juan, de su parte, no piensa cumplir con su

Juan sufre el último vaivén de su vida [10]. De una existencia desnaturalizada, desmembrada, Juan se integra temporalmente gracias a la ilusión (ambición) o «mundo» que se forma alrededor de Pedro Páramo; pero esta *voluntad de ser* sólo sirve para que Juan regrese a su punto de origen, a la desintegración y desvanecimiento de sí mismo. El conocimiento de su pasado se lleva a cabo en la tumba, teniendo la suerte de compartirla con Dorotea (la *antípoda económica* de Pedro Páramo, o sea, a quien, con creciente ambición, buscaba Juan Preciado), pícara pueblerina, dicharachera y excéntrica, estéril de vientre pero fértil en recursos celestinescos en relación a Miguel Páramo *(antípoda anímica* de Juan Preciado pese a la sangre en común).

Esta desmembración integral de Juan Preciado está marcada a partir de la primera sección, con lo que se establece una conexión simétrica con respecto a la quinta, dado el paralelismo o circularidad de elementos. Ilustremos:

Sección I	*Sección V*
(1) Juan Preciado está en Comala, recordando a su madre (cuyos recuerdos son de una supuesta Comala-Paraíso), viendo la discrepancia entre la Comala de ayer y la del presente (pueblo fantasmal), llevando consigo el retrato de su madre.	(1) Pedro Páramo está en la Media Luna, recordando a Susana San Juan y viendo la discrepancia entre la Comala de ayer («Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas», SV: 2DN), y la del presente (una Comala en deterioro), teniendo consigo la imagen («retrato») de Susana San Juan («Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana, Susana San Juan», SV: 4DN).

promesa. Por lo mismo, Juan no va a Comala con el propósito de vengar a su madre, ni mucho menos es el «Telémaco» en busca del amado y añorado Ulises; a Juan le motiva la ambición. Obsérvese el diálogo entre Juan y Abundio en SI: 2DN, pág. 11: la dislocación comunicativa ocurre inmediatamente después de que Abundio le muestra Comala. La desilusión de Juan —quien aparentemente esperaba ver *otra* Comala muy distinta— empieza a hacerse patente; no escucha más a Abundio y a un, ¿qué pasó por aquí?, malinterpretado por éste, sigue la infeliz sorpresa para Juan: el saber que su padre ha muerto. En esto, Juan muestra ser hijo de Pedro Páramo: también es ambicioso, aunque sin la astucia que caracteriza al padre.

[10] ¿Qué era de la vida de Juan Preciado *antes* de la muerte de su madre? No lo sabemos. Conjetura: viviría aún en casa de su tía Gertrudis, es decir, sin vida independiente. La voluntad de hacerse un destino surge al morir su madre y al formarse «un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo». Según le dirá luego a Dorotea: «Vine a buscar a Pedro Páramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión» (SIII: 25DN, pág. 63).

(2) Resultado: el mundo formado alrededor de Pedro Páramo se resquebraja y Juan descubre que Comala es un pueblo muerto; que su padre también ha muerto, y que el mundo de Comala, formado también «alrededor de la esperanza que era aquel señor», carece de sentido. Y éste es el principio de la muerte de Juan Preciado: «Yo creía que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí nada. Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se desdoblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo.» (SI: 5DN.)	(2) Resultado: el mundo alrededor de Pedro Páramo se resquebraja y, al querer «levantar su mano para aclarar la imagen», se desploma y ésta es la muerte de Pedro Páramo: «Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras». (SV: 4DN.)
(3) Antes de iniciarse el desmembramiento de Juan Preciado, hay entre éste y Eduviges el siguiente diálogo: —Estoy cansado —le dije. —Ven a tomar antes algún bocado. Algo de algo. Cualquier cosa. —Iré. Iré después. (SI: 5DN.)	(3) Antes de desmembrarse por completo, Pedro Páramo tiene un intercambio homólogo con Damiana Cisneros: —Soy yo, don Pedro —dijo Damiana—. ¿No quiere que le traiga su almuerzo? Pedro Páramo respondió: —Voy para allá. Ya voy. (SV: 4DN.)

En esta circularidad de motivos entre principio y conclusión de la novela, se descubren elementos de carácter inverso. Por ejemplo, Pedro Páramo muere al *amanecer* (concordando con la *hora de partida* de Susana San Juan), mientras que Juan Preciado muere «al filo de la medianoche» (SIII: 24DN, pág. 61); Juan muere de terror, rodeado de las ánimas de Comala (víctimas de Pedro Páramo); Pedro Páramo, por otra parte, muere temiéndole a los «fantasmas» de la oscuridad («Con tal de que no sea una nueva noche», SV: 4DN, pág. 128), y víctima de su propia sangre (parricidio). Otra oposición: Pedro Páramo se desmorona «como si fuera un montón de piedras»; Juan Preciado se deja arrastrar, doblándose y aflojándose «como si fuera de trapo». Pedro Páramo y su primogénito mueren *desintegrándose;* éste como un juguete de trapo y aquél como una estatua que cae. La prosapia de Páramo, en fin, como una oscilación entre lo estatuario y lo titiritero, entre la roca y el trapo: voluntad de poder o la astenia.

En las imágenes de seres queridos que los acompañan hasta su respectiva disolución (Dolores/Susana), notamos a la vez el signo que rige a cada mujer, formándose una oposición más entre SI y SV. La oposición se basa en los siguientes elementos:

	Susana San Juan	*Dolores Preciado*
1. *Relación espacial:*	*lejana* (visión cósmica)	*próxima* (retrato guardado)
2. *Código:*	*astronómico* (cuerpo asociado a la luna y estrellas)	*terrestre* (retrato guardado junto a yerbas)
3. *Espacio:*	*celestial* (lo no habitable, abierto)	*doméstico* (la cocina; lo habitable por excelencia, lo cerrado)
4. *Categoría:*	*estética* (visión deífica; hermosura celestial)	*moral* (brujería)
5. *Orden:*	*pureza*	*impureza*

Este sistema de oposiciones marcado por ambas esposas de Pedro Páramo es a la vez índice de una polaridad inherente a este último, según tendremos ocasión de exponer más adelante. Por el momento, nótese que Dolores Preciado está relacionada con lo *terrestre,* lo *doméstico* y la *impureza,* mientras que Susana San Juan se asocia a lo *astronómico,* lo *lejano* y la *pureza.* Volvamos a las muertes de Pedro Páramo y Juan Preciado.

Pedro Páramo muere en un espacio señalado por el crimen (parricidio): Abundio lo apuñala frente a la puerta grande (siempre abierta) de la Media Luna, pensando en «la Cuca», mientras que su padre piensa en Susana, ambas muertas. Juan Preciado empieza a morir (o dejarse «arrastrar») también en un espacio señalado por el crimen: en el cuarto (de puerta siempre cerrada) en que Pedro Páramo asesina —por conducto de Fulgor Sedano— a Toribio Aldrete. Parecería que el primer alojamiento brindado a Juan Preciado fue una broma de mal gusto. ¿Por qué es que Eduviges —íntima amiga de Dolores Preciado —le reserva a Juan el cuarto que «está al fondo», es decir, el cuarto en que se llevó a cabo el crimen del cual Pedro Páramo es responsable? Juan, sangre de Pedro Páramo, empieza a desintegrarse precisamente ahí, en el lugar señalado, funcionando como simbólica bienvenida a la verdad de Comala (o de su padre, que en el caso viene a ser lo mismo).

4

¿Quién es Eduviges Dyada? Su ser está en su apellido; es un ser doble. Y ello explica su *duplicidad,* su carácter ambiguo y su facilidad en el engaño. Por lo mismo, por sí sola no significa gran cosa, pero puesta en compañía de *otra* duplicidad —Dolores Preciado— no sólo cobra sentido pleno, sino que sirve de clave para entender aspectos complicados de la novela.

La ambigüedad es notoria desde el primer encuentro con Juan Preciado. Al pasar por un pasillo, Juan ve «crecer sombras a ambos lados», «bultos» que parecen tener vida propia; al preguntarle a Eduviges qué era lo que había ahí, ésta responde, «Tiliches... Tengo la casa toda entilichada» (SI: 5DN, pág. 14). Con la relectura aflora la ironía y el doble sentido de casi todo lo dicho por Eduviges. ¡Desventurado Juan! Tan falto de sentido del humor, tan parco en la expresión y, Eduviges, todo lo contrario.

En cuanto a los «tiliches», Eduviges parece mentir a un nivel *literal* (los «bultos» seguramente son ánimas que emergen en la noche [«vi crecer sombras»]), y en vez de admitir que son muertos afirma que son «tiliches» y que toda su casa está «entilichada». La palabra «tiliche» se emplea casi siempre en el contexto de ropa vieja, andrajosa, y en forma sinonímica con «tiliche», que, según el *Diccionario de Mejicanismos,* significa: «En algunos lugares del interior, trapo viejo, andrajos, *garras.* Usado principalmente en plural» [11].

La aparente mentira tiene una posible justificación: no querer que Juan se asuste. Esto no concuerda, sin embargo, con el humor casi perverso de Eduviges; recuérdese que caminan rumbo al cuarto que le ha reservado, lugar que había sido sellado para siempre para que no se descubriera el crimen ahí cometido. Pero una vez que se le da frente al problema, salta a la vista el carácter juguetón de esta mujer: Eduviges le dice a Juan la verdad a un nivel *figurado,* ya que «tiliche» («trapo viejo, andrajos, *garras»)* equivale a «muertos» (trasnominación del signo por la cosa significada); por lo mismo, la muerte de Juan Preciado se presenta en forma de «tiliche», haciendo de él algo «como si fuera de trapo». La retórica de Eduviges muestra ser, por consiguiente, más sutil que la de Dolores, y el doble sentido de lo que dice Eduviges oscilará entre un sentido *literal* (mentira) y otro *figurado,* ya sea de carácter metonímico («tiliches» por «muertos»), o metafórico (muertos que, en vida, no tuvieron voluntad, es decir, que se pudo jugar con ellos, como luego con Juan Preciado, «como si fueran de trapo»; «tiliches», consiguientemente, como metáfora de cobardía, como la de Toribio Aldrete, quien «después se había comportado como un collón», SIII: 8DN, pág. 38). Cuando Juan le informa que Dolores Preciado tiene siete días de muerta, Eduviges responde:

> De modo que me lleva ventaja, ¿no? Pero ten la seguridad de que lo alcanzaré. Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros; pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando El lo disponga. (SI: 5DN, pág. 15.)

La pregunta inicial equivale a una mentira si se la toma en su sentido literal y *según entendido por Juan,* quien no sabe que Eduviges ya ha muerto. Sin embargo, en un sentido *metafórico,* «llevar ventaja» significa que Dolores está más próxima al cielo que ella, ya que al suicidarse no sólo ha cometido un grave pecado, sino que ha muerto sin el beneficio de los últimos sacramentos (negados por el P. Rentería). Eduviges parece incluso decirle a Juan (a quien se le escapa por completo) la forma en que ella muere: «conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir... cuando uno quiera y no cuando El lo disponga». Y en esto Eduviges le lleva ventaja a Juan, pues ella muere cuando ella se lo propone; el destino dispone de la muerte de Juan. Ambos, sin embargo, tienen una muerte parecida: Eduviges «murió retorcida por la sangre que le ahogaba» (SIII: 6DN, pág. 35); Juan (sangre de Pedro Páramo) muere ahogado por el temor.

---

[11] FRANCISCO J. SANTAMARÍA: *Diccionario de Mejicanismos.* México, Editorial Porrúa, S. A., 1974, pág. 1047.

5

La duplicidad de Eduviges Dyada va más allá de la retórica o de la oposición verdad/mentira. También es ontológica. Sabemos que tiene una hermana (María Dyada), y aunque ésta no es su *otra* cara, nos ayudará pronto a resolver un problema estructural. La pareja dioscúrica es formada por Eduviges y Dolores. Según aquélla:

> Nos hicimos la promesa de morir juntas... Éramos muy amigas... Pérdoname que te hable de tú; lo hago porque te considero como mi hijo. Sí, muchas veces dije: «El hijo de Dolores debió haber sido mío». Después te diré por qué. Lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en alguno de los caminos de la eternidad. (SI: 5DN, pág. 15.)

Los dioscuros, manteniendo su unidad aquí en la tierra (amistad) y luego en el cielo (igual a astros gemelos), tienen un determinado número de afinidades y oposiciones que los une, pero que no los confunde; o sea, unidos mantienen su singularidad. Las oposiciones entre Eduviges y Dolores son varias: ésta es pasiva y retraída (pero más pronta al rencor y al odio); aquélla es activa y franca (pero más libre en el perdonar y en el dar); Eduviges era «más joven» y «menos morena» que Dolores (SII: 4DN, pág. 21), pero Pedro Páramo confunde una por la otra en su noche de bodas. Dolores le da un hijo a Pedro, pero, según Eduviges, el hijo de Dolores «debió haber sido mío». Por último, Eduviges les da un hijo «a todos» (SIII: 6DN, pág. 34), pero nadie lo reconoce como suyo *mientras ella vive,* y en esto corre pareja la suerte del hijo de Dolores Preciado, ya que Juan tampoco es reconocido por su padre.

Llegando a este punto propongamos lo siguiente: Eduviges funciona como *madre metafórica* (fiel a su retórica de verdad), recibiendo a su hijo y dándole alojamiento. Y al alojarlo en el cuarto sellado lo está alojando en el espacio que *más le pertenece* a Pedro Páramo por su crimen cometido. La herencia de Juan Preciado: un collar de crímenes y estupros; muerte y cópula que es, por otra parte, santo y seña de otro hermano, Miguel Páramo.

Liguemos lo anterior con Abundio. Recuérdese que Dolores le comunica a Eduviges la llegada a Comala de Juan Preciado:

> Parecía que me hubiera estado esperando...
> —Ella me avisó que usted vendría. Y hoy, precisamente. Que llegaría hoy. (SI: 5DN, pág. 14.)

La presencia de Abundio no es, por tanto, una casualidad. Encontrándose en un entrecruce de caminos llamado ominosamente «Los encuentros», notamos que la familia de Juan Preciado le tiene todo preparado, en confabulación, aguardándolo. El destino de Juan Preciado es el de llegar a la muerte por medio de vínculos de parentesco, literales o metafóricos. Juan Preciado va de su *madre* a su *medio hermano* (Abundio), quien le recomienda que se hospede en casa de doña Eduviges *(madre metafórica);* luego se encuentra con Damiana Cisneros (también *madre metafórica* de Juan Preciado por haberle cuidado de niño, pero ahora en contigüidad con Pedro Páramo), quien acompaña a Pedro Páramo hasta la muerte de éste, fungiendo como ama de casa (es decir, *esposa metafórica* de Pedro Páramo). De Damiana Cisneros hay

un nexo con la pareja de hermanos incestuosos, quienes *retienen* a Juan en Comala aún cuando éste intenta huir del pueblo (en tres ocasiones):

> Pensé regresar. Sentí allá arriba la huella por donde había venido, como una herida abierta entre la negrura de los cerros. (SIII: 18DN, pág. 50.)
>
> ... ¿Cómo se va uno de aquí?
>
> —¿Para dónde?
>
> —Para donde sea. (SIII: 19DN, pág. 54.)

> —Nada —dije—. Cada vez entiendo menos —y añadí—: Quisiera volver al lugar de donde vine. Aprovecharé la poca luz que queda del día.
>
> —Es mejor que espere —me dijo él—. Aguarde hasta mañana. No tarda en oscurecer y todos los caminos están enmarañados de breñas. Puede usted perderse. Mañana yo lo encaminaré.
>
> —Está bien. (SIII: 19DN, pág. 57.)

De esta pareja incestuosa (pareja primigenia y padres metafóricos de la humanidad por su proximidad semántica a Adán y Eva) el desenlace lógico es la muerte de Juan Preciado, quien en forma figurada se ha retrotraído a los orígenes del hombre. El diseño o proceso que marca el destino de Juan es obvio: va de lo más concreto a lo más generalizado, de lo real a lo virtual, de lo más literal al extremo metafórico. Pero la figura de la madre persigue a Juan: entierran en el mismo ataúd a Dorotea, quien siempre abrigó la ilusión de la maternidad. En el proceso de muerte, Juan Preciado se encuentra ligado —como nunca— a inesperados e inimaginables lazos de parentesco.

6

No valdría la pena detenerse tanto en Eduviges si no fuera porque ella encierra otro misterio; ya la vimos jugar con Juan y ahora vemos que trata de hacerlo con el lector. ¿O es que la «obra de relojería» hecha por Rulfo muestra por fin tener fallas internas? Veamos de cerca el problema.

Toda la sección tres es la sección-eje en que el mal muestra todo su empuje y poderío mediante la confluencia anímica de Pedro y Miguel Páramo. Esta sección es, también, la de más mortandad de personajes: mueren don Lucas Páramo (padre de Pedro), Miguel Páramo y Juan Preciado (hijos de Pedro), y Toribio Aldrete (víctima de Pedro). Pero, en forma inversa, es la sección en que Comala se *integra* bajo el dominio de Pedro Páramo, resultando un lugar de abundantes cosechas y prosperidad. Un mundo invertido: la bonanza es producto del caciquismo y de la voluntad de poder. Moraleja: los pobres de espíritu nunca poseerán *este* reino.

La sección tres empieza con un diálogo (más bien un malentendido) entre Juan Preciado y Eduviges: mientras aquél sigue inquiriendo sobre la situación anómala de Comala, ésta interpreta su pregunta («¿Qué es lo que pasa...?») como si se refiriera al ruido del caballo que *pasa* galopando. Este caballo era del difunto Miguel, caballo que ahora le representa por *reducción metafórica* (animalización de Miguel, ánima en pena) y por *trasnominación metonímica* (la cabalgadura por el cabalgante). Las relaciones entre Eduviges y Miguel son algo confusas. Según ella:

—Todo comenzó con Miguel Páramo. Sólo yo supe lo que le había pasado la noche que murió. Estaba yo acostada cuando oí regresar su caballo rumbo a la Media Luna. Me extrañó porque nunca volvía a esas horas. Siempre lo hacía entrada la madrugada. Iba a platicar con su novia a un pueblo llamado Contla, algo lejos de aquí. Salía temprano y tardaba en volver. Pero esa noche no regresó ...eso de que no regresó es un puro decir. No había acabado de pasar su caballo cuando sentí que me tocaban por la ventana... Y era él, Miguel Páramo. No me extraño verlo, pues hubo un tiempo que se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo, hasta que encontró esa muchacha que le sorbió los sesos. (SIII: 1DN, págs. 25-26.)

Desde un punto de vista sobrenatural, Eduviges ha condicionado su narración con la confesión previa, hecha a Juan, de que ella posee un «sexto sentido». De esta relación algo sibilina, se extrae también que Eduviges fue amante de Miguel Páramo, si se interpreta como eufemismo común el decir «se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo». De su parte, Miguel le dice a Eduviges: «Vengo a contártelo a ti, porque tú me comprendes. Si se lo dijera a los demás de Comala dirían que estoy loco, como siempre han dicho que lo estoy». La excentricidad de Eduviges (por su sexto sentido) le da —además del carácter de posible ex amante— una relación íntima con Miguel, considerado también «excéntrico» (por loco). Débese advertir, sin embargo, que Eduviges mantiene una relación inversa con Miguel: con éste habla *literalmente* y no en términos metafóricos (como con Juan). Después de notificarle a Miguel que está muerto, Eduviges añade:

—Mañana tu padre se retorcerá de dolor... Lo siento por él. Ahora vete y descansa en paz, Miguel. Te agradezco que hayas venido a despedirte de mí.

Y cerré la ventana. (SIII: 1DN, pág. 26.)

Esta misma mañana recibe Eduviges recado de Pedro Páramo informándole de la muerte de Miguel y pidiéndole que le haga compañía en ese momento de pesar. Hasta este punto de la narración, tanto Juan como el lector no ven ningún desajuste o falla interna en el relato de Eduviges. Sólo al llegar a 6DN de la misma sección surge un detalle contradictorio, y éste en boca de un narrador omnisciente, quien describe la situación en que se halla el P. Rentería. Esa noche es la del velorio de Miguel Páramo, pero el P. Rentería no piensa directamente en Miguel, sino que quizá por correlato lógico (dinero para misas gregorianas/monedas de oro), su pensamiento tuerce su camino y nos lleva a la muerte de Eduviges Dyada, ocurrida muchos años antes de la de Miguel Páramo. Según el P. Rentería:

Todo esto que sucede es por mi culpa —se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad; ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llenan el estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias. Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿La ganancia del cielo? ¿O la purificación de sus almas? Y para qué purifican su alma, si en el último momento... *Todavía tengo frente a mis ojos la mirada de María Dyada, que vino a pedirme salvara a su hermana Eduviges:*

—Ella sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Hasta les dio un hijo, a todos. Y se los puso enfrente para que alguien lo reconociera como suyo; pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: «En ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre.» Abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer ofenderlos ni de malquistarse con ninguno.

—Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios.

—No le quedaba otro camino. Se resolvió a eso también por bondad. (SIII: 6DN, pág. 3.)

En lo anterior se destacan dos problemas, uno de carácter moral (el sacerdote venal) y otro de construcción interna del relato (la aparente contradicción cronológica en las muertes de Miguel Páramo y Eduviges Dyada). Este problema cronológico que consideré por algún tiempo como una posible falla estructural en *Pedro Páramo* me llevó a desenredar toda la cronología de la novela según llegué a entenderla. Esta se presentará posteriormente; por el momento, permítaseme adelantar una hipótesis de trabajo: Eduviges Dyada es la madre de Miguel Páramo. Veamos en qué se basa esta conjetura.

En la sección tres, el P. Rentería aparece un total de cuatro veces (divisiones narrativas 3, 4, 6 y 29), siempre por conducto de un narrador omnisciente. Se presenta en relación a Miguel Páramo y Eduviges Dyada (directamente en 6DN y por implicación o correlato moral en 29DN), o en relación a su familia (3DN y 4DN). El diseño que esto imprime en la narración es uno de odio y resentimiento hacia Miguel (3-4DN) junto a un abatimiento y fracaso moral (29DN), resultado de una implícita complicidad. Miguel Páramo asesina al hermano del P. Rentería, viola a su sobrina Anita y, para coronarlo de infamia, lo insulta; el P. Rentería, no obstante, *se siente culpable*. ¿De qué? Creo que la respuesta está en el conjunto formado por 3DN, 6DN y 29DN. En su función como sacerdote, el P. Rentería comete dos faltas que eventualmente le ocasionarán hondo remordimiento, y en ambas faltas el eje confluente es el *dinero*. En 6DN se le niega a una mujer pobre la ayuda espiritual solicitada para un ser querido (su hermana Eduviges); razón: Eduviges cometió una falta en contra de la Iglesia (por violencia hecha a sí misma), falta que pudiera remediarse por medio de costosas misas gregorianas; sin embargo, debido a la falta de fondos económicos, se dejan «las cosas como están». En 3DN, a un hombre rico (Pedro Páramo) se le concede la ayuda espiritual solicitada para un ser querido (su hijo, Miguel Páramo), a pesar de que el muerto cometió múltiples faltas en contra de la Iglesia (por violencias hechas al prójimo). En el primer caso, y en forma implícita, intenta remediar lo de Eduviges cuidando de que su hijo no quede totalmente desprovisto de protección: lleva a Miguel a la casa de Pedro Páramo:

> Tenía muy presente el día que se lo había llevado, apenas nacido. Le había dicho:
> —Don Pedro, la mamá murió al alumbrarlo. Dijo que era de usted. Aquí lo tiene.
> Y él ni lo dudó, solamente dijo:
> —¿Y por qué no se queda con él, padre? Hágalo cura.
> —Con la sangre que lleva dentro no quiero tener esa responsabilidad.
> —¿De verdad cree usted que tengo mala sangre?
> —Realmente sí, don Pedro.
> —Le probaré que no es cierto. Déjemelo aquí. Sobra quien se encargue de cuidarlo.
> —En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará el sustento.
> El muchachito se retorcía, pequeño como era, como una víbora.
> —¡Damiana! Encárgate de esa cosa. Es mi hijo. (SIII: 29DN, pág. 73.)

En este diálogo hay una inusitada confluencia de elementos reveladores, cargados de significado una vez contextualizados. Nótese que Miguel se vincula a Pedro Páramo sanguínea y simbólicamente: es la misma «mala sangre», y se retuerce «como una víbora» (víbora como símbolo de lo venenoso/maligno). Tradicional representante de la maldad y la muerte, este reptil aparece en la narrativa de Rulfo fiel a su

herencia semántica; en «El hombre» se manifiesta en forma trinitaria (víbora/serpiente/culebra), presencia que, desdoblándose al nivel humano, condiciona la voluntad y la muerte del hombre (José Alcancía/Urquidi), a la vez que se extiende íntegra y metafóricamente en la naturaleza (el río). La contigüidad del *Tilcuate* a Pedro Páramo no es, pues, casual; es una variante más en esta herpetología simbólica. Volviendo al P. Rentería, desde el principio hay entre éste y Miguel una complicidad moral establecida en el momento en que se le niega a Eduviges la ayuda espiritual solicitada por María Dyada. El P. Rentería intenta lavarse las manos, llevándole a Pedro Páramo el pequeño huérfano, negándose a ser su padre *metafórico*. («¿Y por qué no se queda con él, padre? Hágalo cura».) y desvinculándose de toda responsabilidad. Pero el P. Rentería continúa siendo cómplice del destino Páramo, sigue siendo una presencia constante en el vertiginoso ascender de esta «mala sangre», encauzándola (Miguel) o favoreciéndola (Pedro) en sus astucias:

> El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí... Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento. (SIII: 29DN, pág. 73.)

En forma *explícita,* el P. Rentería intenta remediar su complicidad moral respecto a Miguel Páramo mediante una «peregrinación» a Contla para confesarse («purificarse») con el señor cura de dicha población. Contla, por consiguiente, se transforma en un espacio íntimamente ligado a los destinos de Miguel y el P. Rentería: éste emprende (de día) una peregrinación a Contla con el propósito de restablecer una conjunción religiosa minada por la venalidad; aquél emprende (de noche) un viaje a Contla con el propósito de continuar una conjunción amorosa basada en la lascivia. Miguel Páramo muere *literalmente* camino a Contla y descubre que se le «perdió el pueblo» y que «no había más que humo y humo y humo». El P. Rentería muere *metafóricamente* como sacerdote en Contla:

> —Tienes que ir. No puedes seguir consagrando a los demás si tú mismo estás en pecado.
> —¿Y si suspenden mis ministerios?
> —Tal vez lo merezcas. Quedará a juicio de ellos. (SIII: 29 DN, pág. 75.)

Junto a su vínculo moral con Miguel, Eduviges y Pedro Páramo, el P. Rentería (como sacerdote) se asocia con el *agua,* ya sea por el bautismo, ya por la virtual protección (ingreso a la vida espiritual y dirección protegida hacia la gracia divina); sin embargo, el P. Rentería «está en pecado», de aquí que sea *agua turbia,* desvirtuando de raíz su función religiosa. Miguel, por el contrario, se asocia con el *fuego* (lascivia) que al extinguirse (muerte) se convierte en «humo y humo y humo». Al P. Rentería no se le escapa lo comprometido que está con el destino de los Páramo (Pedro y Miguel), y este reconocimiento —y el remordimiento como correlato lógico— amplía la dimensión semántica de este personaje, haciendo de él un elemento de suma importancia en el relato.

El parentesco entre Eduviges y Miguel tiene varios indicios, unos por contigüidad narrativa y otros por deducción lógica. En cuanto a la contigüidad narrativa, observemos la súbita desaparición de Eduviges en SIII: 7DN, y el inmediato

reemplazo de Eduviges por Damiana Cisneros (quien a la vez es la madre *metafórica* de Miguel puesto que ella lo cría desde recién nacido) *después* de establecida la relación Miguel-Eduviges por medio del remordimiento del P. Rentería (SIII: 6DN). Otro ejemplo de contigüidad narrativa ocurre en 29DN, según lo presentado anteriormente (contexto formado por Pedro Páramo, P. Rentería, María Dyada y el recién nacido Miguel). Vayamos a la deducción lógica.

Cuando Eduviges le informa a Juan que Miguel solía dormir con ella, ¿qué querrá decir con ello? Al principio se tomó como un eufemismo común referido a una relación amorosa. Sin embargo, Eduviges murió muchos años antes que ocurriera la muerte de Miguel, por consiguiente, Pedro no la pudo haber invitado al velorio. Recordando que Eduviges hace uso de una retórica peculiar con respecto a Juan, nos vemos ante la necesidad lógica de buscar el sentido de ese eufemismo en otro contexto. Del banal adulterio nos vemos llevados, consiguientemente, a la relación madre-hijo, y ahora nos vemos bajo la necesidad de rectificar nuestra interpretación inicial. Miguel descubre, en la hora de su muerte, *quien es su madre* (Juan Preciado, por el contrario, descubre quien es su padre al morir Dolores Preciado); es Eduviges («estaba yo acostada», o sea, estaba muerta, descansando en su ataúd) quien recibe la *primera* noticia de su muerte y a quien primero acude Miguel Páramo. La relación amorosa entre Pedro Páramo y Eduviges se presenta veladamente en dos ocasiones, una en forma de acto inconsumado (noche de bodas de Dolores Preciado), y la otra como posibilidad sugerida. En cuanto a la primera, ¿cómo creerle a Eduviges, cuyo discurso fluctúa constantemente entre la mentira y la verdad, entre el sentido literal y el metafórico? Por lo que toca a la segunda, obsérvese la forma en que Pedro Páramo le responde a Eduviges cuando ésta le pregunta por Dolores Preciado: «Quería más a su hermana que a mí. Allá debe estar a gusto. Además ya me tenía enfadado. No pienso inquirir por ella, si es eso lo que te preocupa» (SII: 4DN, pág. 23). La retórica de Pedro Páramo, comparada a la de Eduviges, no carece de brillo propio. La primera frase encubre una mentira, mientras que la segunda está cargada de sorna (la burla está en que Dolores Preciado vive con su hermana, desprovista de su patrimonio y en calidad de «arrimada» y, a consecuencia de todo ello, lejos de «estar a gusto»). La única posible verdad se encuentra en la tercera frase (aunque hay sospechas de que la partida de Dolores, motivada por Pedro Páramo, es algo planeado de antemano por éste). La cuarta frase excluye tajantemente a Dolores y se enfoca en Eduviges, dando a entender que su pregunta ha sido expresión de celos.

Todo lo anterior es una hipótesis de trabajo que serviría para explicar la falta de concordancia cronológica entre las muertes de Eduviges y Miguel Páramo. Si no se considera de validez alguna y se toma como descabellada obra de la imaginación, entonces la falla estructural de *Pedro Páramo* quedará en espera de algún remiendo crítico. Ahora bien, si por acaso sigue leyes internas del relato y aclara lo que antes era ofuscación —por lo menos para mí—, pues miel sobre hojuelas.

7

Después de la primera sección, la presencia de Dolores Preciado se limitará a (1)

recuerdos de su hijo (en letra cursiva dentro del relato) de carácter descriptivo e intermitente: su función será la de establecer un contraste entre la Comala recordada por Dolores y la del presente de la narración. También, Dolores (2) formará *parte del relato* y con ello se aclara el origen de Juan Preciado y se echa luz sobre el carácter de Pedro Páramo. A la vez, el lector llega a conocer algo de la malaventurada Dolores.

Las secciones y DN que se circunscriben a la relación Dolores-Pedro Páramo (es decir, el origen de Juan Preciado), son las siguientes: SII: 4DN; SIII: 9DN; SIII: 11-13DN. Según vimos anteriormente, SI: 5DN sólo tiene el fin de aproximar el destino de Eduviges Dyada al de Juan Preciado, en tanto que se transforma en madre metafórica de éste (por ser la «doble» de Dolores Preciado y debido a que *casi* fue madre de Juan Preciado al haber pasado la noche de bodas [de Dolores] con Pedro Páramo). Después de estas cinco apariciones como parte integral del relato, Dolores volverá a su función de *recuerdo* y aflorará en el pensamiento de Juan solamente dos veces más: en SIII: 18DN, 25DN.

Las vidas de Pedro Páramo y Dolores Preciado se cruzan y anudan por razones económicas: ésta tiene lo que a aquél le falta. Es más, ella es una de las personas con las que está más endeudado Pedro Páramo. La boda entre ambos resulta ser, pues, una táctica de salvación debido a que en ese tiempo Pedro Páramo estaba desprovisto de familia *(todos* sus familiares habían muerto) y de patrimonio *(todo* lo debía). Estaba en plena bancarrota. A la inversa, Dolores Preciado era propietaria del rancho de Enmedio (codiciable patrimonio) y tenía dos hermanas que, al mudarse a distinto lugar (Matilde a Guadalajara, Gertrudis a Colima), la habían dejado como dueña de toda la herencia paterna. Tanto Pedro como Dolores, sin embargo, están solos.

Exceptuando SIII: 10DN, que marca el espacio narrativo en el que Fulgor se hace partidario incondicional de (don) Pedro y que muestra el cambio de carácter de éste (antaño pacífico, hogaño rapaz), todo el conjunto formado por SIII: 9-13DN constituye un microsistema: *abre con Fulgor* tocando la puerta (cerrada y con dos moños negros) con el mango de su chicote (a partir del primer párrafo hay un empalme temporal que une 9DN con 13DN: actos y espacios idénticos, pero distinto tiempo y diferente estado de ánimo por parte de Fulgor), y *cierra con Fulgor,* de nuevo tocando la puerta de Pedro Páramo. ¿Diferencia? Son dos Fulgores muy distintos: el que toca la puerta por primera vez, va decidido a mostrarle a Pedrito que él es «el que sabe», es decir, va a imponerse como solía hacerlo con don Lucas Páramo: «¿Quién era aquel muchacho para hablarle así? Ni su padre don Lucas Páramo se había atrevido a hacerlo» (pág. 39). El Fulgor que toca la puerta en 13 DN, lo hace después de haber cumplido con varios encargos del que ya es un reconocido patrón: la hace de celestino al arreglar lo de la boda con Dolores Preciado: funge como asesor al vigilar los intereses de Pedro (los «bienes mancomunados»), y ahora a Toribio Aldrete en casa de Eduviges. Toda esta obediencia pese a que Pedro Páramo, en la primera entrevista, le baja de rango: «Te reduzco tu tarea de administrador. Olvídate de la Media Luna». Asombrado ante tan inesperada astucia, a Fulgor no le pasa por la mente que de administrador ha llegado a ser simple mandadero de don Pedro. Pese a esta capacidad reducida, Fulgor jamás sirve mejor a ningún otro Páramo.

Volvamos al microsistema formado por SIII: 9-13DN. La boda de Pedro y

Dolores contiene desde el principio un gran número de signos adversos. Aparte de que es una boda de conveniencia (para ambos: él se apropia de terreno; ella se apropia de un esposo, es decir, ya no se considerará una mujer «quedada»), hay varios detalles que se identifican por su inherente *negatividad*. Por ejemplo: en 11DN, Dolores acepta casarse con Pedro el día 3 de abril, después de ver que Fulgor no sabe o no quiere entender «cosas de mujeres». Posterior a varias expresiones de felicidad, emerge una sombra que ennegrece el pensamiento de Dolores: «Gracias Dios mío por darme a don Pedro... Aunque después me aborrezca».

En la misma DN, Fulgor parece querer hacerle saber a Dolores que Pedro está en una condición social a la que ella ha alcanzado: «Don Lucas Páramo, que en paz descanse, le llegó a decir que usted no era digna de él... Ahora que él ya no existe, no hay ningún impedimento». Pero sabemos que Dolores Preciado tiene un codiciable patrimonio y que la familia Páramo, desde tiempos del abuelo, había visto el paulatino menguamiento de su fortuna, hasta llegar a la bancarrota en que deja a Pedro Páramo don Lucas («Si yo tuviera mi casa grande, con aquellos grandes corrales que tenía, no me estaría quejando. Pero tu abuelo le jerró con venirse aquí», SII: 2DN). ¿Por qué piensa Dolores que Pedro la va a aborrecer? ¿Qué mancha o falla moral (pues no es económica o social) hay en Dolores que la hace digna del posible aborrecimiento?

Esto no se le oculta tampoco a Pedro Páramo. En SIII: 9DN, lo notamos a partir de un titubeo de Fulgor:

> ...Mañana comenzaremos a arreglar nuestros asuntos. Empezaremos por las Preciados. ¿Dices que a ellas les debemos más?
>
> —Sí. Y a las que les hemos pagado menos. El padre de usted siempre las pospuso para lo último... La Lola, quiero decir, doña Dolores, ha quedado como dueña de todo. Usted sabe: el rancho de Enmedio. Y es a ella a la que le tenemos que pagar.

¿Por qué «la Lola»? Esa forma despectiva de referirse a Dolores no se le escapa a Pedro, a pesar de que Fulgor inmediatamente corrige lo dicho, dándole el título de «doña». Pedro Páramo, lejos de ofenderse le da a entender a Fulgor que entre ellos hay mutuo acuerdo con respecto a «doña Dolores». En la misma DN Pedro Páramo recalca en tres ocasiones el hecho de que él es «el que sabe» (también) lo de Dolores: «Mañana vas a pedir la mano de la Lola... Arregla por de pronto lo de la Lola... Le dirás a la Lola esto y lo otro...» (págs. 40, 41).

Este explícito menosprecio con que Pedro Páramo se refiere a Dolores, luego se tornará en una variante del «rencor vivo». Sabemos por conducto de Eduviges (SII: 4DN) que Pedro trató muy mal a Dolores:

> ¿Cuántas veces oyó tu madre aquel llamado? «¡Doña Doloritas, esto está frío. Esto no sirve!» ¿Cuántas veces? Y aunque estaba acostumbrada a pasar lo peor, sus ojos humildes se endurecieron.

Entre «la Lola» y «Doña Doloritas» se encuentra la misma mueca de ironía o desdén mal encubierto. ¿Por qué tanto desprecio? Esta pregunta quizá tenga una respuesta muy banal, pero importante para las relaciones semánticas del relato, y en efecto, una posible respuesta se encuentra en la misma DN.

Quizá vengándose por el insulto a principios de SII: 4DN, Eduviges opta por contarle a Juan algo que parece ser el primer desliz de Dolores Preciado. Refiriéndose

a Inocencio Osorio, le dice que éste era «amansador» (de potrillos) en la Media Luna y que también era «provocador» (de sueños y de mujeres). En su función de provocador se metía «con las piernas de una, en frío, así que aquello al cabo de un rato producía calentura... A veces se quedaba en cueros porque decía que ése era nuestro deseo. Y a veces le atinaba; picaba por tantos lados que con alguno tenía que dar». Antes de esto, Eduviges confiesa lo siguiente: «Era provocador de sueños. Eso es lo que era verdaderamente. Y a tu madre la enredó como lo hacía con muchas. Entre otras, conmigo».

Además de confirmar una vez más el carácter dioscúrico de Dolores Preciado y Eduviges Dyada —quien según María Dyada «sirvió siempre a sus semejantes. Les dió todo lo que tuvo. Hasta les dió un hijo, a todos» (SIII: 6DN, pág. 34)— de aquí se extrae la noción de que su reputación en Comala era notoria y que, por lo mismo, Fulgor lo hace recurso o estrategia de persuasión; al echarle en cara el no ser considerada *digna* de Pedro Páramo, Fulgor parece decirle: «Pedro no tiene mucha fortuna, pero tú, Lola, has perdido tu honor; recupéralo, casándote con mi patrón». El matrimonio, pues, visto como reaparición de un honor mancillado (nivel social) y como depuración de una condición pecaminosa (nivel religioso) [12].

Visto dentro de este contexto, se explica el que Pedro Páramo no le haya dado mayor importancia a su noche de bodas: «se pasó la noche roncando» (pág. 22). Sólo que Pedro Páramo no sabe que la mujer que comparte su lecho no es Dolores, sino Eduviges. La «luna» que esa noche mantiene a Dolores lejos del novio no es la que, siendo de miel, une a los novios en *una sangre* (símbolo de la consumación nupcial); es la luna de hiel que separa a los novios por una sangre vertida con *anterioridad* a la boda: la conjunción reprehensible cancela la posibilidad de una consumación nupcial. Pero si esta luna (en contexto «llena de pecado») —que equivale a sangre menstrual en sentido metafórico— mantiene en disyunción a los novios, *otra sangre* (también «llena de pecado») concordará con la conjunción: esta sangre es la derramada la noche del asesinato de Toribio Aldrete, *en casa de Eduviges*. Volvamos nuestra atención a SIII: 13DN:

> —Pasa, Fulgor. ¿Está arreglado el asunto de Toribio Aldrete?
>
> —Está liquidado, patrón.
>
> —Nos queda la cuestión de los Fregosos. Deja eso pendiente. Ahorita estoy muy ocupado con mi «luna de miel».

Si de nuevo nos preguntamos por qué Eduviges hospeda a Juan —en su primera noche en Comala— en el cuarto en que se asesina a Toribio Aldrete, lo anterior le añade otro peldaño más a la sutil arquitectura semiótica construida por Eduviges ante los ojos/oídos de Juan Preciado. Indudablemente hay una correspondencia temporal

---

[12] ¿Qué pasa con este *Inocencio* Osorio, tan parecido a Miguel y Pedro Páramo en lo calavera? En SIII: 20DN, parece haber una referencia a este «provocador»: «Estos sujetos se ponen en este estado para llamar la atención. Conocí a uno en la Media Luna que se decía adivino. Lo que nunca adivinó fue que se iba a morir en cuanto el patrón le adivinó lo chapucero» (pág. 58). Lo irónico del contexto es que Juan Preciado adopta gestos asociados con el amante de su madre, o sea, con el hombre que ocupó el lugar de Pedro Páramo en cuanto a la virginidad de Dolores. En los últimos momentos de su vida, Juan Preciado gesticula evocaciones de un adulterio que ocasiona, en gran medida, el odio y el desprecio entre sus padres.

entre el crimen (Toribio Aldrete) y conjunción nupcial (Pedro/Doloritas). Ambos actos son llevados a cabo por voluntad *directa* o *indirecta* de Pedro Páramo: en ambos, consiguientemente, él es el *sujeto activo*. Al darle ese cuarto por alojamiento, Eduviges le lleva, en *forma figurada,* directamente a Pedro Páramo (sujeto responsable del crimen) y, en *forma literal,* le conduce al *tiempo* correspondiente a su concepción: Juan es concebido a la vez que se perpetra un homicidio dirigido por su padre.

Qué decir sino que de lo anterior se deducen dos aspectos primordiales en el destino de Juan Preciado: el cuarto sellado para siempre equivale a un tiempo pecaminoso (crimen/cópula) que representa su *origen* y su correspondiente *culpa;* Juan va a Comala «ilusionado» por la posible herencia de su padre; pero la «herencia» de Juan Preciado es su propio origen histórico. En forma inversa, el tiempo pecaminoso representa su muerte: Juan Preciado muere «al filo de la medianoche», ahogado por la falta del «aire que se necesita para respirar» (pág. 61). Muere «ahorcado» por asfixia y temor. Al referir las condiciones de su muerte a Dorotea, ésta le comenta:

> —Mejor no hubieras salido de tu tierra. ¿Qué veniste a hacer aquí?
>
> —Ya te lo dije en un principio. Vine a buscar a Pedro Páramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión. (SIII: 25DN, pág. 63.)

8

Son frecuentes en la crítica de Rulfo los intentos de reconstrucción cronológica de los relatos por medio de la conmutación sintagmática de las DN (e. g., «En la madrugada», «Diles que no me maten» «El hombre», etc.). Si optáramos por dicho método o procedimiento en cuanto a la desmembración de *Pedro Páramo* tendríamos por resultado la siguiente secuencia (obedeciendo un rigor cronológico): SII-SV, SI. De obedecer ese procedimiento de reconstrucción, no obstante, ¿no se actúa conforme a un concepto lineal del relato muy afín a la idea de proceso histórico? Este concepto es totalmente ajeno a Rulfo y he ahí una concordancia entre concepto temporal en Rulfo y la narración (en «desorden»). En vez de linealidad o alternancia tenemos la *simultaneidad:* el relato-rollo cede al conjunto de fragmentos. Débese, pues, buscar *otro orden* a la secuencia de secciones I-V.

Entre secciones I y V se establece una tensión que involucra a la familia del hijo primogénito, a la vez que señala la muerte de cada uno de los padres (de hecho, cada sección viene a formar parte de un collar de muertes que lleva directamente a la de Pedro Páramo; e.g., SI: Dolores Preciado; SII: abuelo de Pedro Páramo; SIII: Miguel Páramo, Juan Preciado, Eduviges Dyada, don Lucas Páramo y Toribio Aldrete; SIV: Fulgor Sedano, Bartolomé San Juan, Susana San Juan; SV: Pedro Páramo): Dolores pensando en Pedro Páramo (SI) y éste pensando en Susana San Juan (SV). Los factores que caracterizan a esta tensión son: (1) hijos no reconocidos (Juan, Abundio); abandono (Pedro/Dolores; Susana/Pedro); (3) trayectoria «torcida» hacia la Media Luna (Abundio y Juan) con la esperanza de recibir ayuda (económica) del padre; (4) el *anochecer* de SI y el *amanecer* de SV; (5) la *orfandad* de los hijos de Pedro Páramo (Juan y Abundio) en forma *natural* (SI) y como resultado de *parricidio* (SV); (6) la muerte en forma de desintegración de Juan y Pedro Páramo, etcétera.

Las secciones II y IV se inclinan hacia el núcleo dinámico formado por SIII, ya sea por medio de contrastes con ésta o por conducto de oposiciones y simetría entre ambas. Y las confluencias son múltiples y desconcertantes por su carácter caleidoscópico. Por ejemplo, en SII se efectúa la boda de Pedro y Dolores, junto a su separación: en SIV se lleva a cabo la boda de Pedro y Susana coronada por su separación (doble: *mental* primero, vital después). En SII, Pedro y Susana son adolescentes y muy amigos (comunicación espiritual); en SIV, ambos han llegado a la madurez y debido a su locura, Susana está ex comunicada del mundo (sólo sueña con Florencio, otro «provocador» de sueños). En SII, Inocencio es el usurpador del tálamo nupcial de Pedro Páramo; homólogamente, en SIV Florencio emerge como el usurpador, dejándole a Pedro Páramo una mujer «sufrida y quizá loca» (pág. 34). Astuto y primero en casi todo, Pedro Páramo llega con retraso al festín de Inocencio y Florencio, personajes que en su nombre llevan la impronta (irónica) de su destino.

En forma inversa, en SII se nos presenta con un Pedro que se ve bajo la necesidad de pedir fiado (deterioro de patrimonio e incipiente rapacidad); en SIV, Pedro Páramo es dueño de Comala (en incipiente deterioro). En SII, las relaciones establecidas con el mundo por Susana y Pedro son al margen de lo erótico; en SIV, las relaciones son netamente sexuales: Susana/Florencio, Pedro Páramo/chacha Margarita. Lo que es más, en SII Pedro Páramo entra en conjunción con Dolores Preciado por conveniencia económica (queriendo a Susana); en SIV, la chacha Margarita funciona como una ilusión: Pedro la posee, pensando amorosamente en Susana San Juan.

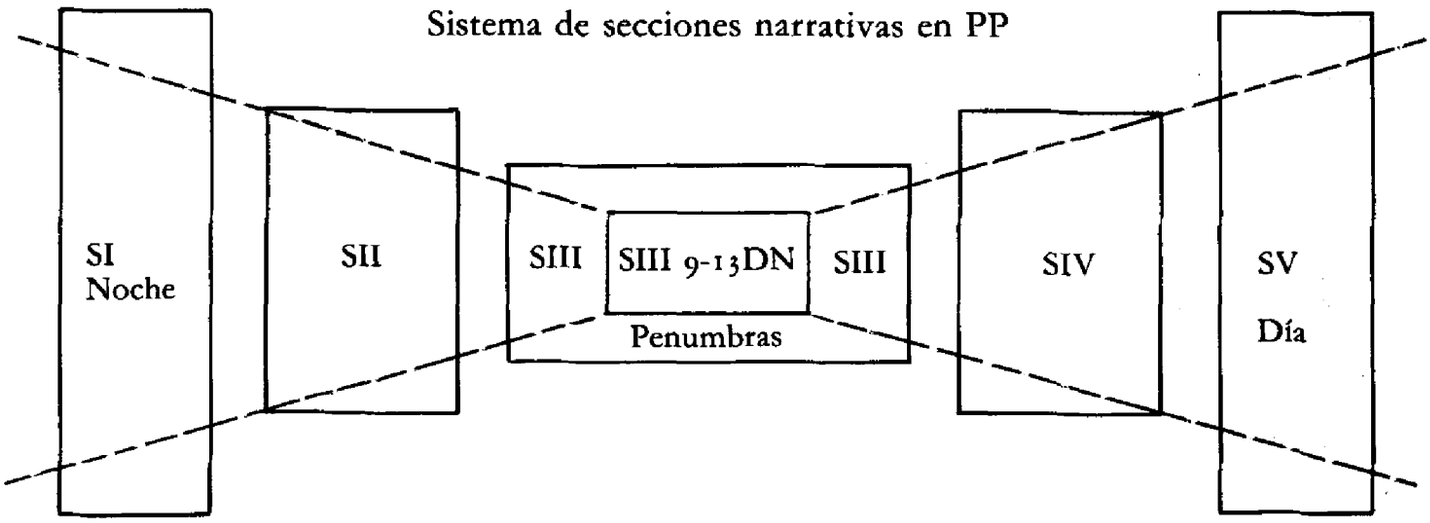
Entre secciones II y IV hay, por consiguiente, una polarización entre Pedro Páramo, Susana y Dolores. Tanto en SII como en SIV hay disyunción nupcial entre Pedro-Dolores y Pedro-Susana; en SII existe una *excentricidad biológica* (periodicidad menstrual de Dolores) símbolo de una mancha moral (adulterio/Dolores; asesinato/Pedro) que se extiende y alcanza al primogénito (Juan Preciado); en SIV se establece una *excentricidad mental* (locura de Susana), símbolo de una mancha moral (incesto/Susana; asesinato/Pedro [de Bartolomé San Juan]) que contrayéndose sanguínea e históricamente, se coagula formando un ovillo de muerte:

> Después sintió que la cabeza se le clavaba en el vientre. Trató de separar el vientre de su cabeza; de hacer a un lado aquel vientre que le apretaba los ojos y le cortaba la respiración; pero cada vez se volcaba más como si se hundiera en la noche. (SIV: 23DN, pág. 119.)

A este punto, y contando con los conjuntos significantes hasta aquí aducidos, conviene ya presentar la configuración de un estenograma que encierre, en un sistema de esclusas adyacentes, la estructuración de las secciones I-V, conservando su secuencia y conscientes del carácter simultáneo o sincrónico del relato.

Obsérvese que en SIII: 9-13DN, el *origen del poder* de Pedro Páramo concuerda con el *origen* de Juan Preciado (resultado del vínculo con Dolores Preciado), y ambos constituyen, en gran parte, la causa del *eclipe* de Comala: la Media Luna —topónimo que representa el poder de Pedro Páramo— se interpone, pues, en el destino del pueblo, cubriéndolo de penumbras. Al trazar una imaginaria línea transversal entre SI y SV, podríase observar la oposición noche/día que rige ambos polos, pues en SI predomina la *oscuridad,* mientras que en SV predomina la *claridad* (amanecer). En este

Sistema de secciones narrativas en PP



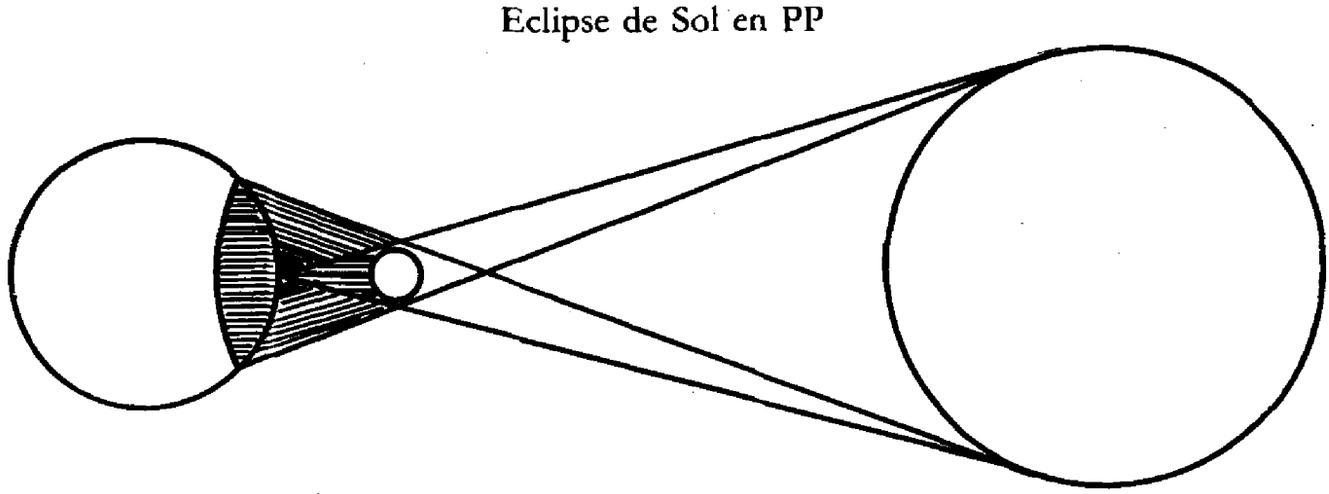
diseño, se activa en medio de SI y SV (justo en el *microsistema* constituido por SIII: 9-13DN) una matriz generadora de penumbras que, en un código cósmico, convierte el sistema de secciones narrativas en un diagrama astronómico en el que todo funciona según ocurre en un eclipe total de Sol.

Atendiendo al destino genealógico de los Páramo, sabemos que Juan muere a la segunda noche de estar en Comala, es decir, nueve días después de muerta su madre. La sangre Páramo, por consiguiente, llega a su fin con la muerte del que, siendo primogénito, fue el último en caer, rodeado de signos sibilinos y bajo la *noche larga* de Comala.

9

En su estudio sobre *Pedro Páramo,* José de la Colina establece una certera generalización sobre la obra al escribir lo siguiente: «La idea del incesto y la promiscuidad, de la promiscuidad carnal y espiritual, se halla latente a lo largo de toda

Eclipse de Sol en PP



la novela» [13]. Y en ningún personaje es esto más válido que en Susana San Juan, quien vive los últimos días de su vida sumergida en candentes recuerdos.

Los recuerdos edénicos de Susana son los que tienen un signo inverso y son, como los sueños de la *Cuarraca,* de dos tipos; unos, *anteriores* a su muerte, son recuerdos de Florencio; los otros, *posteriores* a su muerte, son de Comala; éstos, relacionados con *salud física* (de la joven Susana) y *corrupción física* (de la madre tuberculosa); aquéllos, relacionados con la *corrupción moral* y la *purificación moral.*

Los recuerdos de Susana después de muerta son de regocijo y abundancia implícita (naranjos, limones, juventud, etc.), cuando deberían ser, a simple vista, de tristeza: la muerte de su madre, el ostracismo general del que son objeto Justina Díaz y Susana debido a la enfermedad contagiosa de la madre muerta; el principio de una vida *al margen de la sociedad* y en compañía de un padre con el cual hay un *desorden* en las relaciones familiares: son caracterizadas por la *codicia* (episodio de monedas de oro y esqueleto), el *egoísmo* (no quiere ceder a su hija a hombre alguno; e. g., Florencio, Pedro Páramo), y el *incesto* (sugerido en el relato, pero lógico, como transformación, dentro del contexto *codicia-egoísmo).* Pero, vista de cerca, esta inversión tiene su lógica también. Cuando regresan a Comala —atemorizado Bartolomé por la seguridad de Susana debido a la Revolución y, a consecuencia de ello, aceptando al fin la invitación constante de Pedro Páramo— Bartolomé le dice a Susana:

> Allá, de donde venimos ahora, al menos te entretenías mirando el nacimiento de las cosas: nubes y pájaros, el musgo, ¿te acuerdas? Aquí en cambio no sentirás sino ese olor amarillo y ácido que parece destilar por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha. (SIV: 5DN, pág. 87.)

Comala, pues, en las mismas condiciones que el cuerpo de Tanilo («Talpa»). Como estructura significante, su clave está en la oposición *impureza orgánica/impureza moral;* Bartolomé San Juan aborrece Comala («pueblo destinado», «olor amarillo y ácido que parece destilar por todas partes») porque establece una relación con la enfermedad de su esposa (y su muerte), y el ostracismo del que fue víctima él junto a su hija. Por otra parte, el recuerdo de ésta está cargado de *ironía:* la salud circundante de la Naturaleza es inversa a la constitución orgánica de su madre (en Comala); a la vez, es inversa a la constitución moral del padre (fuera de Comala).

Susana se caracteriza por su excentricidad. Después de enterrar a la madre —y viendo llorar a Justina sobre la tumba— dice: «Vámonos, Justina; ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta». (SIV: 1DN, pág. 81.) Anteriormente, leemos: «Creo sentir la pena de su muerte... Pero esto es falso». Esta frase es ambigua por su contexto, pero es hecha más patente por lo siguiente: «Que yo debía haber gritado; que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuera... ¿Pero por qué iba a llorar?» Los vínculos que la unen a Bartolomé no son más cordiales, según se ve en SIV: 5DN, págs. 87-88.

---

[13] JOSÉ DE LA COLINA: «Susana San Juan (el mito femenino en *Pedro Páramo*», *Revista Universitaria de México,* XIX, abril de 1965, núm. 8, págs. 19-21. Nuestra cita ha sido tomada de Sommers, *op. cit.,* pág. 64.

—¿De manera que estás dispuesta a acostarte con él?
—Sí, Bartolomé.
—¿No sabes que es casado y que ha tenido infinidad de mujeres?
—Sí, Bartolomé.
—No me digas Bartolomé. ¡Soy tu padre!

Sin embargo, Fulgor Sedano los ve llegar a la casa antigua de Pedro Páramo, inmediatamente después de que Bartolomé accede a regresar a Comala, y los pequeños ojos de Fulgor le dan a entender otra posible relación entre Bartolomé y Susana:

—...¿Han venido los dos?
—Sí, él y su mujer...
—¿No será su hija?
—Pues por el modo como la trata más bien parece su mujer.
—Vete a dormir, Fulgor.
—Si usted me lo permite.

La Naturaleza es, para Susana, símbolo de lo masculino-purificador. La Comala llena de naranjos y gorriones (condición inversa a la madre) se asocia *inconscientemente* con un joven —Pedro Páramo— cuyo comportamiento hacia ella siempre fue sano y amoroso. Susana nunca recuerda conscientemente a Pedro en relación a Comala; sin embargo, *él está ahí,* como lo único que ella amó en ese «desdichado» pueblo:

> El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo. Sonreías. Dejabas atrás un pueblo del que muchas veces me dijiste: «Lo quiero por ti; pero lo odio por todo lo demás, hasta por haber nacido en él». (SII: 5DN, pág. 24.)

Después de verse entre una relación singular (con Pedro Páramo, por delicada) y otra anómala (con su padre, por incestuosa), Susana se entrega a Florencio, quien en su nombre aúna naturaleza y masculinidad. Pero aún con Florencio continúa la oposición pureza/impureza, aunque en otro orden marcado por la periodicidad noche-día:

> ...Era temprano. El mar corría y bajaba en olas. Se desprendía de su espuma y se iba, limpio, con su agua verde, en ondas calladas.
>
> —En el mar sólo me sé bañar desnuda —le dije.
>
> Y él me siguió el primer día, desnudo también, fosforescente al salir del mar. No había gaviotas; sólo esos pájaros que les dicen «picos feos», que gruñen como si roncaran y que después de que sale el sol desaparecen. El me siguió el primer día y se sintió solo, a pesar de estar yo allí.
>
> —Es como si fueras un «pico feo», uno más entre todos —me dijo—. Me gustas más en las noches, cuando estamos los dos en la misma almohada, bajo las sábanas, en la oscuridad.
>
> Y se fue.
>
> Volví yo. Volvería siempre. El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos; rodea mi cintura con su brazo suave, da vuelta sobre mis senos; se abraza de mi cuello; aprieta mis hombros. Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.
>
> —Me gusta bañarme en el mar —le dije.
>
> Pero él no lo comprende.
>
> Y al otro día estaba otra vez en el mar, purificándome. Entregándome a sus olas. (SIV: 12DN, págs. 99-100.)

La transcripción ha sido casi íntegra debido a que aquí se anudan cabos de cierta importancia. La configuración bipartita del amante es obvia: Florencio (ser nocturno) y el mar (entidad matutina). La propensión de Susana hacia lo matutino, marítimo, *purificador,* es también presentada con claridad de pleno día. Pues bien, se asocia el día «joven» con el verdor, pureza y el silencio («limpio, con su agua verde, en ondas calladas»), es decir, con estructuras significantes correlacionadas con el joven Páramo, caro amigo de la adolescencia. A la vez, se relacionan plena desnudez con el agua; la pureza del contexto tempo-elemental (día-agua) otorga otro conocimiento, la *inocencia:* «En el mar sólo me sé bañar desnuda». Con esto tenemos por resultado las siguientes oposiciones: mar/tierra, inocencia/pecado (i. e., el mar como espacio edénico; la Tierra como lugar del infierno). Los «picos feos», aves nocturnas, se encuentran en el mar como desdoblamiento natural de la pareja que acude a la playa para librarse de impurezas (pecados); pero Florencio «no lo comprende». «Es como si fueras un "pico feo" —le dice a Susana—, uno más entre todos... Me gustas más en las noches».

Florencio no se divierte en el mar ni acude a él con el mismo propósito que Susana simplemente porque Florencio es, a este punto, lo opuesto al joven Páramo en cuanto a las relaciones respectivas con Susana. Aquél sólo ve en Susana un campo erótico cuya singularidad y belleza sólo se muestran de noche —de día, Susana es común como los picos feos, «uno más entre todos»— [14]. Y esta atracción nocturna se expresa por medio de una conjunción excesiva.

El joven Pedro es lo opuesto debido a que sus conjunciones con la joven Susana son de carácter discreto. Pedro y Susana también se bañaban juntos:

> Así que te quiere a ti, Susana. Dice que jugabas con él cuando eran niños. Que ya te conoce. Que llegaron a bañarse juntos en el río cuando eran niños. (SIV: 5DN, pág. 87.)

Pero Pedro la busca de día para jugar con ella, mientras que Florencio la quiere de noche para acariciarla, poseerla. De dia, Susana es común como el «pico feo» (de acuerdo a Florencio); para Pedro, Susana es lo más bello del mundo. Pedro se siente solo cuando no está con Susana; Florencio «me siguió el primer día y se sintió solo, a pesar de estar yo allí». Ahora bien, Susana morirá, confundida y enloquecida, sin recordar a Pedro-adolescente. Pedro, sin embargo, reconoce el valor de un recuerdo como el de Susana (también «purificador»), y esta astucia le servirá de único consuelo:

> El creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos. (SIV: 11DN, pág. 99.)

La contigüidad de este texto con el citado previamente resalta aún más el aspecto binario de ambos personajes: juventud de ambos moralmente inversa a la madurez,

---

[14] La noche en Rulfo es, con frecuencia, el tiempo del adulterio o del incesto. Recuérdense las relaciones entre Felipa y Macario; cuñado y Tanila («Talpa»); don Justo Brambila y la niña Margarita («En la madrugada»); Lucas Lucatero y la Pancha («Anacleto Morones»), etc. En Rulfo, la noche no es el tiempo del amor, sino del *pecado,* de la transgresión.

también, de ambos. El amor como luminaria que aclara el camino en un mundo de corrupción y tinieblas. Veamos este problema más de cerca.

Las relaciones nocturnas entre Florencio y Susana son marcadas por el acento puesto en el contacto físico y no en la comunicación íntegra; inversamente, las relaciones diurnas entre Pedro y Susana se caracterizan por el candor y la comunión:

> «Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío...»
> «De ti me acordaba. Cuando tú estabas allí mirándome con tus ojos de agua marina». (SII: 1DN, pág. 16.)

Pedro no besa los labios de Susana; el rocío (naturaleza matutina en forma líquida) *parece* haberlos besado. Entre el rocío de juventud y el mar de la madurez se distingue el volumen de corrupción moral: en la madurez se requiere las aguas del mar para *limpiar* de impurezas a Susana; en la juventud, tanta es la pureza, que el rocío se limita a adornar la frescura de unos labios, aún no entregados a Florencio o a Bartolomé.

Los «ojos de agua marina» son, a la vez, el espejo en que Pedro se mira (tan distintos a los ojos de su madre); la mirada de la inocencia, de vastedad marítima y de vida inconsciente; Susana como reflejo de una vida espiritual, profunda. En ambos hay lo que nunca se establece entre Florencio y Susana:

> «Ayúdame, Susana... El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento...»
> «Cuando tú estabas allí mirándome...» (SII: 1DN, pág. 16.)

El pecado y la inocencia cerrados en el corro formado por la vista y el tacto. Las manos de Pedro y Susana se anudan en el juego; las de Florencio y Susana sólo tienen una función: la caricia. Las miradas de Pedro y Susana son primigenias, inocentes y de fraternidad implícita. Las de Florencio y Susana sólo tienen un propósito: acariciar visualmente el cuerpo del otro, deteniendo la mirada en cada curva y en toda su extensión.

Susana —obsérvese bien— no recuerda a Pedro Páramo en forma consciente, dentro de este contexto, pero algo queda en su memoria asociado con lo masculino, espiritual y matutino. A la vez, perdura la noción que hace de la Tierra aposento de la corrupción; el mar, por otra parte, se manifiesta como el elemento purificador por excelencia. Si se le da atención a la posible educación sentimental de Susana, se podrá conjeturar que, dada la polarización radical que existe entre el joven Pedro y Bartolomé San Juan (en el nivel moral), Susana intentará hacer de Florencio un *ser sintético* que aúne la juventud y la diferenciación consanguínea de Pedro (ser diurno) con la relación posesiva impuesta por Bartolomé (ser nocturno). Florencio, en su estado sintético, debería cancelar la oposición entre relaciones «fraternales» (Pedro) y las incestuosas (Bartolomé). En otras palabras, lo que Susana parecería necesitar en su formación amorosa es la presencia del héroe que le ayudara a elevarse por encima del hermano y el padre. Pero Florencio no trasciende el nivel del erotismo y el pecado, con lo cual cambia la naturaleza de Susana, terminando en la locura:

> ...tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. (SIV: 16DN, pág. 105.)

—¿Verdad que la noche está llena de pecados, Justina?
—Sí, Susana. (SIV: 21DN, pág. 113.)

Hay entre Pedro y Susana una mutua influencia, tanto en sus vidas personales (constitución espiritual) cuanto en su enfrentamiento a la muerte. En Susana se forma un sedimento formado por los recuerdos del joven Pedro, recuerdos que se borran pero cuya presencia queda impregnando el subconsciente, cediéndole al fin el puesto dirigente a Florencio. En Pedro, la lucidez de tal influencia se dilata con la presencia de Susana y, después de que muere, el amor se convierte en una obsesión. Pero entre Susana y Pedro Páramo (antaño amigos) no hay comprensión de su dinámica interna: han pasado treinta años y con ellos sus caracteres han sufrido agudos cambios. Susana nunca llega a saber que, con su presencia, Pedro Páramo se aferra al último ideal de su vida. Por otra parte, Pedro Páramo tampoco llega a entender a Susana: «¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber». (SIV: 11DN, pág. 99.)

Desesperado por no poder consumar su amor con la Susana que tiene ante sus ojos, Pedro se ciega y no alcanza a entender parte de su destino: en las dos bodas que tuvo, la *luna* —figura astronómica de sentido trinitario: biológico, mental y toponímico la Media Luna— siempre hace acto de presencia, desvirtualizando sus nupcias con *sangre menstrual* (Dolores) o *desquiciamiento mental* (Susana). En ambos casos, un homicidio y la presencia de Fulgor Sedano, llevando a cabo órdenes de su patrón: en relación a Dolores Preciado, la muerte de Toribio Aldrete; en el caso de Susana, la de Bartolomé San Juan. Víctima de la ansiedad, Pedro Páramo busca a Susana en los brazos de «muchachitas» que le hagan recordar, al cerrar los ojos, a la Susana que en su juventud fue única fuente de cariño y comprensión:

> Pensó en Susana San Juan. Pensó en la muchachita con la que acababa de dormir apenas un rato... Y se había abrazado a ella tratando de convertirla en la carne de Susana San Juan. «Una mujer que no era de este mundo». (SIV: 21DN, pág. 113.)

El destino como locura u obsesión, regido por un astro femenino: Pedro, bajo el signo de la obsesión, y Susana bajo el de la locura; en ambos casos, una excentricidad mental. En su juventud, Pedro y Susana se unían en la alegría del juego; en la plena madurez, por el contrario, ésta ama a Florencio en sus sueños, mientras que Pedro —añorando un pasado irrecuperable— cree amar a Susana al tomar otros cuerpos.

Contrastando esta relación con Susana y la que Pedro Páramo mantiene con su familia, notamos que esta última es una de distanciamiento. Con la abuela hay una relación más próxima, aunque no del todo, dada la inquietud que le causa la mirada escrutadora de la anciana:

> —Estaba en el otro patio.
> —¿Y qué estabas haciendo? ¿Rezando?
> —No, abuela, solamente estaba viendo llover.
> La abuela lo miró con aquellos ojos medio grises, medio amarillos, que ella tenía y que parecían adivinar lo que había dentro de uno. (SII: 2DN, pág. 17.)

La madre, por otro lado, es la figura más dolorosa y distante de toda la familia.

Nunca tiene una palabra de cariño para Pedro, y su amargura y correspondiente frialdad se dejan ver constantemente. En el relato, aparece un total de cinco veces (SII: 1-3DN; SIII: 2DN; SIII:28DN), siguiendo una trayectoria progresiva que parte de una posición de autoridad conminatoria (SII: 1DN) a una de abandono, lágrimas y soledad (SIII: 28DN), según Pedro Páramo la recuerda. A partir de la primera situación narrativa en que se establece un diálogo entre madre e hijo, lo que sobresale es el distanciamiento espiritual entre ambos, junto a la oposición diametral que se efectúa entre el joven Pedro y su contexto espacial.

> —¿Qué tanto haces en el excusado, muchacho?
> —Nada, mamá.
> —Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder.
> —Sí, mamá. (SII: 1DN, pág. 16.)

En este diálogo, el único que entiende la situación narrativa es el lector: la madre asocia espacio *(inmundicias)*con posibles vicios del hijo (suciedad física/suciedad moral), mientras que el lector observa el contraste entre el espacio y la dimensión moral de Pedro: en un espacio excrementicio, Pedro dedica cada uno de sus pensamientos a Susana, persona de su devoción. El hecho de que Pedro conteste «Nada, mamá» (como en el caso de la abuela a quien, después de la misma pregunta, le dice que estaba en «el patio», es decir, en un *espacio abierto* y a la vista de todos) da a entender la falta de confianza entre ambos.

Lo primero que distingue a Pedro es, consiguientemente, su excentricidad y su incongruencia: no es parte esencial del todo que le rodea. La madre considera su aislamiento un acto casi condenable, pensando que su hijo, curioso de su pubertad, busca sitios en que pueda esconderse para explorar y gozar de su incipiente sexualidad. Y esto lo interpreta como algo pecaminoso («La culebra... te va a morder», es, en este contexto, símbolo fálico, pero en tanto que es *conocimiento vedado)*. La madre de Pedro tiene *conciencia de pecado,* pero, en esta etapa de su vida, Pedro está en una situación inversa a la madre. El excusado parece ser el único lugar de la casa en el que Pedro puede estar a solas para pensar en Susana, sin recriminaciones de la madre («debías de ocuparte en algo»). Por otra parte, esta relación espacial o contextual es uno de los aspectos más recurrentes en la narrativa de Rulfo. Expliquémonos, roturando los tejidos de *Pedro Páramo* para ver situaciones paralelas en otros relatos del autor:

1. *Pedro Páramo:*

a) Pedro está frente a dos tipos de inmundicia: una, *literal,* marcada por el sitio en que se ha encerrado para pensar en Susana. La otra, *metafórica,* perteneciente a la madre pensando en la actividad autoerótica en que supuestamente incurre su hijo. Pedro, sin embargo, se nos presenta en esta situación espacial como un espíritu noble y meditativo, dueño de un amor (limpio) hacia otra persona (no autoerótico). El amor de Pedro hacia Susana no es uno basado en la conjunción sexual sino en la comunión entre dos seres. Y esta comunión se consuma en el *juego* (espacio abierto) y no en el *lecho* (espacio cerrado).

b) Susana San Juan, en su locura postrera, imagina estar al lado de Florencio, entregándose a él con un ardor inextinguible. Mientras Susana piensa en Florencio, el P. Rentería —quien le está dando los últimos sacramentos— le hace que ingiera la hostia para consumar la comunión. Efectuada la ingestión de la hostia (cuerpo de Cristo), Susana dice lo siguiente: «Hemos pasado un rato muy feliz, Florencio». (SIV: 21DN, pág. 115.)

2. «Talpa»: En este cuento tenemos el caso de una enfermedad física, un adulterio y una peregrinación coronada por una muerte y un tardío remordimiento. Rumbo a Talpa, Tanilo va «envenenado» *físicamente* (un cuerpo allagado); Natalia (su esposa) y el hermano de Tanilo, en forma inversa, van camino a Talpa «envenenados» *moralmente* (relación adúltera). Tanilo desea *aliviarse* por conducto de un auxilio *sobrenatural* (la Virgen de Talpa); la pareja adúltera, en forma inversa, desea *aliviarse* por medio de un recurso *natural:*

> «Así, nos arrimábamos a la soledad del campo, fuera de los ojos de Tanilo y desaparecidos en la noche. Y la soledad aquélla nos empujaba uno al otro. A mí me ponía entre los brazos el cuerpo de Natalia y a ella eso le servía de remedio.»

Tanilo muere dentro de la iglesia, con previo arrepentimiento y penitencia («Y, entonces, Tanilo se ponía a llorar..., y después se maldecía por haber sido malo»), y encontrando un remedio espiritual, junto a un descanso físico (muerte). La pareja adúltera/criminal, en forma inversa, se arrepiente después de la muerte de Tanilo; encuentran un alivio físico (rumbo a Talpa) que se convierte en un «envenenamiento» moral (en Talpa). En resumen, cuando van rumbo a Talpa, el camino que siguen es de signo opuesto: el de Tanilo es *religioso* (va en busca de un remedio sobrenatural), y el de su esposa y hermano es *profano* (van en busca de una oportunidad para aliviar un impulso biológico). De regreso a Zenzontla, la pareja arrepentida mantiene una relación contraria: hay disyunción tanto física cuanto de comunicación verbal.

3. «Un pedazo de noche»:

Un sepulturero (Claudio Marcos), acompañado de un niño ajeno, procura los servicios de una prostituta. Después de intentos fallidos por alquilar una habitación, la prostituta acepta una invitación a cenar. En el diálogo surge oblicuamente una imagen de la sociedad (viciosa, violenta) *inversa* a la de esta familia metafórica (el sepulturero actúa como padre del niño, ya que los padres se emborrachan hasta que «se les pierde la memoria»; posteriormente, la prostituta y el sepulturero contraen matrimonio), que en vez de consumar intereses naturales o mercantiles (satisfacción sexual/retribución monetaria), consuman intereses espirituales: la prostituta está acostumbrada a un trato impersonal por parte de sus clientes; el sepulturero, por el contrario, la invita a cenar y le es sincero. Este, a la vez, considera odiosa a la gente:

> «Los vivos no encuentran cómo mortificarle la vida a los demás. Si hasta se medio matan por acabar con el corazón del prójimo. Con eso, te digo todo.»

El sepulturero «sueña» con la prostituta, deseándola. El eventual matrimonio entre ambos es lógico, debido a la marginalidad social de ambos y a sus oposiciones u homologías semánticas. El sepulturero «absorbe» la *corrupción física* (entierra a la gente del pueblo) mientras que la prostituta «absorbe» la *corrupción moral* (recibe a los hombres del pueblo); ambos son dueños de la noche: ésta por su profesión, aquél por asociación con el tiempo de los muertos. Debido a restricciones de trabajo, nunca tienen oportunidad de «encontrarse» pese a que viven en el mismo hogar.

> «Me ha dicho muchas veces que no soy yo la que llega a estas horas, que nunca acabaremos por encontrarnos: ... o tal vez sí —dice—; quizá, cuando te asegure bajo tierra el día que me toque enterrarte.
>
> Lo que él no sabe es que quiero dormir. Que estoy cansada. Parece como si se le hubiera olvidado el trato que hicimos cuando me casé con él: que me dejaría descansar; de otra manera, acabaría por perderse entre los agujeros de una mujer desbaratada por el desgaste de los hombres.» [15]

4. En «Macario» afloran estas estructuras significantes a lo largo del relato.

---

[15] RUFFINELLI, *op. cit.*, pág. 203.

En los ejemplos aducidos podemos distinguir ciertas oposiciones o simetrías que constituyen parte del ensamblaje paradigmático en Rulfo: ante todo, la confluencia de lo sexual con lo religioso; la transgresión en el plano cultural o sobrenatural; la oposición *corrupción física/corrupción moral;* la dialéctica de lo abierto y lo cerrado (de valencia conmutable); seres de la tierra/seres del suelo ctónico, etcétera.

Volviendo a la madre de Pedro Páramo, notaremos que de una figura autoritaria e incomprensiva (SII: 1-3DN) termina siendo una madre olvidada casi totalmente por su hijo:

> Vino hasta su memoria la muerte de su padre..., y a una mujer conteniendo el llanto, recostada contra la puerta. Una madre de la que él ya se había olvidado y olvidado muchas veces. (SII: 28DN, pág. 71).

A partir de la sección II, se establece una oposición entre la madre de Pedro Páramo y Susana: ésta cariñosa y, la madre de Pedro, distante; Susana, un ser querido; la madre, un ser temido; una, de mirada comprensiva; la otra, de mirada incriminatoria; una, nunca olvidada; la otra, nunca recordada, etcétera. Parecería que el joven Pedro, al no encontrar afecto materno en su hogar, desplaza su amor y canaliza toda su sentimentalidad en Susana, quien término —muy alto en un pedestal— como la mujer (madre) ideal. Diríase que, en Pedro Páramo, la pureza de espíritu (en tanto que no se vierte al exterior con impulso rapaz) sólo se encuentra cuando está pensando en Susana: durante su adolescencia y su vejez; mientras piensa en el *mundo* —es decir, durante su madurez—, su voluntad se exterioriza y lo encumbra en el poder de un pueblo.

10

Excluyendo fechas de nacimiento y muerte, las dos que establecen una oposición de deterioro de fortuna y casi pérdida de patrimonio por un lado, y poder y solvencia económica por el otro, son 1892 y 1910, respectivamente. En cuanto a los hijos de Pedro Páramo, aquel que más concuerda con esta época es Miguel, quien nace cuando la trayectoria de poder ha empezado para su padre (1894), muriendo en 1911, año en que Pedro Páramo comienza «a pagar». Estas dos fechas —de surgimiento y poderío absoluto de Pedro Páramo— encierran nítidamente la sección III de la novela, abrazando en forma centrípeta todo elemento narrativo que pone de manifiesto la voluntad arrolladora de la prosapia Páramo, totalizante y acaparadora (Pedro Páramo), y en continua diseminación y nihilismo (Miguel). La integración narrativa de la sección III es tan absoluta que sugiere la presencia de la deliberación y no de la espontaneidad creativa de Rulfo. Si cotejamos SIII: 1-2DN con SIII: 28-29DN, caeremos en la cuenta de que entre ambos polos existe una simetría que acentúa la presencia bifronte de los dos Páramo de signo fuerte en el relato [16].

[16] Tanto el abuelo como el padre de Pedro Páramo son conocidos ya sea por su ineficacia administrativa (el padre) o por su falta de juicio (el abuelo). Ellos, por consiguiente, aparecen como signos débiles en el contexto del destino Páramo.

Correspondencias

SIII: 1DN, págs. 25-27

1. Muerte de Miguel
2. El ocaso de la «sangre» de Pedro Páramo (Juan Preciado).
3. El caballo, reducción metafórica de Miguel.
4. Eduviges, a quien el P. Rentería recusa ayuda espiritual.

SIII: 29DN, págs. 72-79

1. Nacimiento de Miguel
2. Nacimiento de la «mala sangre» de Pedro Páramo (Miguel).
3. Miguel, símbolo de lo venenosos («víbora»).
4. P. Rentería, a quien el cura de Contla rehúsa ayuda espiritual.

SIII: 2DN, págs. 27-28

1. Pedro Páramo entre el sueño y la vigilia.
2. «Uno oye. Oye rumores; pies que raspan el suelo, que caminan, que van y vienen.»
3. «Reconoce el sonido de la voz.»
4. «Por la puerta se veía el amanecer en el cielo.»
5. Muere el padre.
6. Padre, muerto (balaceado) accidentalmente.

SIII: 28DN, págs. 70-72

1. Pedro Páramo entre el sueño y la vigilia.
2. «Rumor de voces. Arrastrar de pisadas despaciosas...»
3. «La carrera que llevaba Fulgor, lo conoció por sus pasos.»
4. «Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste.»
5. Muere el hijo.
6. Hijo, muerto accidentalmente.

Considerado, pues, como el eje generador de toda la obra, SIII (págs. 25-79) —con el microsistema justo en SIII: 9-13DN— se transforma en un espacio narrativo en el que se pone de manifiesto el origen y trayectoria del poder de Pedro Páramo, la consolidación de su mando absoluto sobre Comala y la bifurcación dinámica de este poder en las figuras de padre e hijo: Pedro y Miguel Páramo. De hecho, este hijo —de signo inverso a Juan—, abrirá la sección con detalles de su *muerte* y dentro de un *contexto moral ambiguo* (adúltero/filial; Eduviges *amante*/Eduviges *madre),* y cerrará la sección (29DN) con detalles relacionados a su *nacimiento* y dentro de un *contexto moral preciso* (fornicador, asesino). Además, entre 1DN y 29DN hay otra simetría que se manifiesta en forma triple, tanto por su *repetición* (2DN, 28DN), por su *contexto* (después y antes del nacimiento/muerte de Miguel), como por su *asociación:* las muertes de don Lucas Páramo (padre) y Miguel Páramo (hijo) según vinculadas espaciotemporalmente por la memoria de Pedro Páramo: la similitud del amanecer, del despertar, de los ruidos. Estas DN forman, respectivamente, el origen y la consolidación del poder de Pedro Páramo; en 2DN, al morir el padre, se queda sólo con la madre y con un patrimonio en deterioro; en 28DN, al morir Miguel, Pedro Páramo ha logrado llegar a la cumbre de su poder, gozando de un patrimonio descomunal (todo el pueblo).

> Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza, triste, como fue entonces. (28DN).

La dialéctica de la puerta: *cerrada,* equivale a Poder, integración; *abierta,* a astenia, deterioro. La Comala que recuerda Pedro Páramo —la de su juventud— establece un contraste con la Comala recordada por Dolores Preciado y Susana San Juan; ésta se acuerda de los limones, naranjos, viento y gorriones del día en que murió su madre (consumida por la tisis); aquélla, recuerda una Comala de bonanza *anterior* a Pedro Páramo, es decir, cuando ella gozaba de un patrimonio íntegro (rancho de Enmedio). Pedro Páramo y Dolores tienen algo en común: consideran a Comala un lugar de abundancia cuando ésta concuerda con su respectiva solvencia económica. Susana, por el contrario, no asocia Comala con la economía, sino con la oposición pureza/impureza (física y moral), según lo visto anteriormente. La *impureza* se relaciona con sus padres (la madre, a la tuberculosis; el padre, al incesto; éste, a la corrupción moral; aquélla, a la impureza física); la *pureza* se asocia al espacio: Comala, con sus gorriones, limoneros y naranjos; el mar matutino, con su fuerza benéfica, depuradora. Al saber de la muerte de Miguel, Pedro Páramo reconoce lo siguiente:

> —Estoy comenzando a pagar. Más vale empezar temprano, para terminar pronto. No sintió dolor. (SIII: 28DN, pág. 72.)

¿Qué está comenzando a pagar? ¿Los crímenes acumulados y la venganza satisfecha en una sistemática mortandad, ocasionada a raíz de la muerte de su padre? Pero con el padre nunca tuvo una relación cariñosa; recuérdese la desilusión de don Lucas al ver en Pedro «un flojo de marca», «se me malogró», etc. ¿Está pagando los abusos de Miguel? («La culpa de todo lo que él haga échamela a mí»). En esto, quizá Pedro Páramo estuviera de acuerdo: según él, estaría pagando todos los males perpetrados en Comala. Para nosotros, sin embargo, la *culpa original* está en el principio del poder de Pedro Páramo, es decir, en SIII: 9-13DN, espacio narrativo en que empieza su época de usurpación, contrayendo matrimonio con Dolores Preciado y asesinando a Toribio Aldrete.

II

Como personaje, Pedro Páramo es mucho más intrincado que Juan Preciado, y sólo Susana San Juan se le asemeja en este aspecto. Pedro Páramo, como signo histórico, es grávido y etéreo a la vez; es una contradicción: una fuerza aglutinadora y también una diseminación de sentidos. Juan Preciado lleva a cuestas un destino impuesto por su historia; Pedro Páramo *hace* su historia, impulsa su propio destino. Pero en él hay una inherente duplicidad: el que se hace a sí mismo y el que es hecho por el pasado íntimo; éste le ennoblece (Susana), aquel le envilece (Poder). Paradoja histórica: el hacerse equivale a disolverse moralmente.

Más específicamente, la contradicción que constituye a Pedro Páramo se hace manifiesta en un *espacio* y en una *mujer,* ambos objeto de una tenaz voluntad de dominio. Pero el afán totalitario de Pedro Páramo no es una oscilación entre espacio y mujer, sino una (frustrada) culminación de poderío que va de Comala a Susana: ésta representa un pasado —adolescencia y comunión— que ya no es posible reiterar; por

otra parte, Comala equivale a un destino truncado por ser inauténtico. Pedro Páramo integra bajo su yugo a un pueblo, pero lo hace sin intenciones de formar una comunidad: la voluntad motriz es la del poder; la necesidad de vengar la muerte de su padre es sólo un pretexto: la verdadera pasión está detrás del despecho de haber vivido bajo un hogar en desintegración y penuria, todo debido a Comala, pueblo que había sido el fracaso de la familia Páramo («pero tu abuelo le jerró con venirse aquí», pág. 18). Desde su juventud, Pedro Páramo muestra señales de tener dos rasgos primordiales en su carácter: sensibilidad y amor (hacia Susana) e insensibilidad y desapego (hacia la familia y el prójimo). Hay, además, dos indicios que acusan una incipiente ambición y agresividad por parte de Pedro Páramo: lo relacionado con el dinero para el mandado (SII: 2DN, pág. 18), su rebeldía como aprendiz en la oficina del telégrafo (SII: 5DN, pág. 24). Notemos que el gusto por el dinero (Poder) ya es visible en su adolescencia; la rebeldía, por el contrario, es categórica ya en plena juventud. ¿Qué mundo le rodea a Pedro Páramo?, uno de ineptitud: el encargado del telégrafo (Rogelio), «se vive tomando cervezas en el billar», mientras que Pedro se ve bajo la responsabilidad de cuidar al niño de su patrón. La abuela le recomienda a Pedro tener paciencia, humildad y resignación; éste, sin embargo, contesta: «—Que se resignen otros, abuela, yo no estoy para resignaciones» (pág. 24).

Pedro Páramo es un haz de posibilidades históricas, pero sólo dos se hacen visibles como rivales de su destino; debido a sus circunstancias, Pedro se transforma en suelo fértil donde nace vigorosamente, como hiedra reptante, la voluntad de dominio. Con ello, el proceso de maduración logra constituir un carácter *opuesto* al de juventud, caracterizado primordialmente por la comunión cordial y no por la conjunción posesiva. Los dos seres que se reúnen en Comala, después de haber estado distanciados por treinta años, ya no son los mismos: ambos son seres endurecidos por su respectivo contorno. Suele repetirse con frecuencia que Comala, bajo Pedro Páramo, es un purgatorio. Esto quizá se justifique si se piensa en un punto intermedio entre Paraíso e Infierno. En otras palabras, se tiene en mente un proceso de degradación que culmina en la muerte eterna. Según esto, Comala tiene las siguientes tres etapas:

Paraíso	*Purgatorio*	*Infierno*
La Comala que recuerda Dolores Preciado.	La Comala que domina Pedro Páramo.	La Comala en que muere Juan Preciado.

Este esquema, sin embargo, no satisface las exigencias que nos impone la obra de Rulfo, simplemente porque no se ajusta a la contextura semántica del relato. ¿Qué paraíso es el de Dolores Preciado? Una Comala que quizá sólo existió en sus recuerdos de juventud, puesto que al casarse con Pedro Páramo, Dolores era una mujer en soledad cuyo único «paraíso» era la seguridad económica que había heredado. Comala es, en verdad, un pueblo al margen de la vida nacional y, por lo mismo, estancado y sin dirección histórica. Por esta razón, la gente de Comala sólo «vive» cuando la integra una fuerza superior a ella misma, un poder que marca el compás del pueblo.

Cuando no existe esta fuerza histórica —encarnada por algún cacique—, Comala se afloja y desintegra como un cadáver agusanado. Pedro Páramo jamás pierde su dominio sobre Comala: la sacrifica en la muerte de Susana San Juan, haciéndola objeto una vez más de su ira y despecho. Y sólo en esto continúan siendo semejantes Susana y Pedro: en su mutuo odio hacia Comala.

Bajo Pedro Páramo, Comala vive tiempos de bonanza. Los hombres que trabajan en la Media Luna son casi tan numerosos como los costales llenos de grano (véase SIII: 26DN, págs. 65-69). Al cruzarse de brazos con intenciones de que se muera de hambre Comala, sólo aquellos habitantes sin espíritu de empresa son los que permanecen en el pueblo. Y mueren. Lo anterior tiene ciertas implicaciones políticas, puesto que, en primer lugar, la integración histórica de un pueblo (Comala) nunca será producto de la voluntad de un hombre, sino de una comunión de voluntades; en segundo lugar, la ley nunca puede ser arbitraria y según los intereses de una casta privilegiada (véase SIII: 12DN, pág. 44), sino una ley que proteja los derechos de toda la comunidad. Como proyecto histórico, el de Pedro Páramo estaba destinado al fracaso, puesto que todo dependía de su voluntad; sin embargo, Comala —pueblo sin destino propio— solamente logra vivir bajo la dirección de este cacique. Preguntémonos: ¿no es ésta la misma condición anímica de los habitantes de Luvina? La única fuerza histórica que llega a Luvina es la figura de un ingenuo maestro rural, lleno de ilusiones pero sin la voluntad y astucia necesarias para levantar históricamente a un pueblo. Luvina no cree en el Gobierno, pero tampoco cree en sí mismo: es un pueblo sin iniciativa, un órgano comunitario que no ha sido integrado al sistema nacional.

Y he aquí el problema que caracteriza a la provincia (y razón de la masiva emigración hacia centros urbanos): la incomunicación con el resto del país. De aquí que, en relación a México, Comala sea dos cosas: símbolo de un sistema político a punto de llegar a su fin (Revolución de 1910), y ejemplo de un país desarticulado cuya meta principal, después de la Revolución, será la búsqueda de un destino colectivo en el que ya no rijan los intereses de castas privilegiadas ni, mucho menos, las leyes hechas *ad hoc* por los que se encaraman en el Poder. Esta meta es precisamente uno de los aspectos que le da vigencia a la obra de Rulfo, junto a la de Carlos Fuentes y de otros escritores de preocupaciones afines. Pedro Páramo y Artemio Cruz son dos personajes novelísticos que se transfiguran en preguntas (problemas) de nuestro siglo, preguntas que interrogan por los límites del poder y por la condición moral del hombre en sociedad.

12

Volvamos al diagrama que ilustra el eclipse de Sol. Reconociendo que la noción de eclipse es en sí una metáfora que sólo tiene la función de ilustrar dos aspectos de la obra —a saber, el orden de cuerpos celestes en situación simétrica al orden de secciones SI (Tierra), SIII (Luna), SV (Sol), y el origen de la *noche larga* en Comala y su relación a Pedro Páramo—, esta metáfora no es del todo desventurada como a

primera vista pueda parecer. Lo cósmico y lo religioso tienen en el relato estructuras que distan de ser gratuitas, y esto aparece en *Pedro Páramo* en una forma visible, especialmente en las muertes de Miguel y Susana San Juan. Detengámonos en estos ejemplos brevemente ya que servirán como un adelanto a aspectos semánticos que nos ocuparán en lo que resta de este trabajo.

Hay una relación estrecha entre la muerte de Miguel y la época de consolidación del poder de Pedro Páramo; en breve, la desintegración de Comala empieza con la desintegración de una genealogía (Miguel Pedro Páramo Juan Preciado). La muerte de Miguel se asocia con dos fenómenos, uno zoomorfo y el otro cósmico. Mi intención será mostrar que éste se vincula al destino de México (nivel político) y que aquél se relaciona con el destino Páramo (nivel genealógico) por conducto del sentido de la *culpa*. Veamos cada uno por separado.

Según la reducción metafórica que se lleva a cabo, la *cabalgadura* (el caballo) se ve condenado a reemplazar al *cabalgante* (Miguel), galopando en forma puntual por el mismo espacio y a las mismas horas de la noche en que ocurrió la muerte de Miguel [17].

> Un caballo pasó al galope donde se cruza la calle real con el camino de Contla. Nadie lo vio. Sin embargo, una mujer que esperaba en las afueras del pueblo contó que había visto el caballo corriendo con las piernas dobladas como si se fuera a ir de bruces. Reconoció el alazán de Miguel Páramo. Y hasta pensó: «Ese animal se va a romper la cabeza». Luego vio cuando enderezaba el cuerpo y, sin aflojar la carrera, caminaba con el pescuezo echado hacia atrás como si viniera asustado por algo que había dejado allá atrás. (SIII: ¡DN, pág. 32.)

El texto citado cobra toda su diafanidad inherente cuando lo relacionamos al destino Páramo; como genealógicamente Juan es parte íntima de este destino, le

---

[17] Las reducciones metafóricas *hombre-animal* son constantes en la obra de Rulfo. Motivo inevitable: a una Naturaleza *degradada* le corresponde un hombre de carácter homólogo. Todo, en este mundo, succiona hacia lo bestial en el hombre, hacia el fango, hacia el alcantarillado. En «El Hombre», José Alcancía hunde sus pies en la arena, «dejando una huella sin forma, como si fuera la pezuña de algún animal». José Alcancía huye perseguido por el remordimiento (ha asesinado casi a toda una familia) y —lo que no se imagina él— por Urquidi, hombre que Alcancía pretendía matar esa noche, vengando la muerte de su hermano. La *pezuña* en este caso, hace de Alcancía algo más que un animal ungulado: la pezuña lo relaciona con el pecado (crimen), con el demonio; caso, pues, en que la reducción metafórica *hombre-animal ungulado* alcanza otra transformación: el símbolo. En «Luvina» se encuentran dos maestros rurales, uno *vacío* de ilusiones y viciado por el alcohol; el otro, *lleno* de ilusiones y a punto de emprender el mismo destino de su colega. Las últimas dos líneas del relato nos dan un ejemplo que viene al caso: «El hombre que miraba a los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido». Hay, en el relato, tres referencias a estos insectos que entran al establecimiento (¿cantina?) y chocan con la lámpara de petróleo, chamuscándose las alas y quedando desnudos como gusanos. Hay, en el comején, por consiguiente, una dualidad «existencial»; con alas, su elemento es el *aire*, caracterizándole la *movilidad* en tanto que puede volar y cambiar de espacio; sin ellas, su elemento es la *tierra*, caracterizándole la *inmovilidad* en tanto que es reducido al espacio en que cae chamuscado. En una ocasión, el «chamuscado» maestro rural confiesa lo siguiente: «...Luvina. Allá viví. Allá dejé la vida... Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá... Está bien». En estas últimas palabras no hay indiferencia: hay un aviso, una advertencia, una resignación ante el destino de cada quien. Es la misma situación que confronta Juan Preciado a punto de entrar en Comala; a éste le advierte Abundio (aunque no en forma persistente), y el correcaminos (los cuervos son símbolo de su destino, de la casta Páramo); al maestro rural le advierten el consumido colega y los chamuscados comejenes, reducción metafórica del maestro rural y símbolo de las *ilusiones* e *intelectualidad* muertas por el *fuego* (lámpara de petróleo): mueren, pues, engañados por las apariencias.

incluiremos en esta parte del estudio, puesto que servirá de clave para descifrar la muerte de Miguel. Sin embargo, antes de proseguir, retengamos unos datos que nos revela el texto citado: (1) El caballo galopa «con el pescuezo echado hacia atrás», es decir, con el *pescuezo fracturado*. (2) El caballo va «asustado por algo que había dejado allá atrás».

La oposición formada por los hermanos Juan y Miguel es obvia en sus aspectos superficiales: éste es el primero en morir y el más joven (diecisiete años); aquél es el primero en nacer y el último en morir (aproximadamente a los cuarenta años de edad si lo ubicamos en 1893-1933); éste es ensimismado y pusilánime; aquél, abierto al mundo y viviendo con violencia; éste es de tez clara y aquél es indudablemente moreno (el color de la piel, tema tan acogido en la literatura mexicana, etcétera [18]. A un nivel profundo, y debido a sus oposiciones, ambos hermanos se transforman en dioscuros *disyuntos* en espacio y tiempo (Juan vive en Colima y le sobrevive unos veinte años), pero *conjuntos* en espacio y tiempo según dictado por el destino paterno, destino marcado por un *origen* y una *culpa*.

Ya se comentó la muerte de Juan Preciado en relación a un *tiempo pecaminoso*. El cuarto en que es alojado por Eduviges es el espacio en el que Toribio Aldrete murió ahorcado, concordando su muerte con la noche en que Juan es concebido. Dos razones inclinarían a pensar que Miguel Páramo está, también, ligado en culpa a la muerte de Toribio Aldrete, si sólo fuera por el simple hecho de ser el hijo *más próximo* en carácter a su padre. La primera razón es que Eduviges, madre de Miguel, es cómplice del crimen por ser dueña de la casa, por guardar sellado el cuarto y, ante todo, por no denunciar el crimen (la culpa, pues, la hereda de padre y madre). La segunda razón es que al ser parte de una relación dioscúrica (con Juan Preciado), relación homóloga a la sostenida por sus madres, es obligatorio que haya una función de carácter simétrico o inverso, y, en efecto, la hay, en forma *inversa* a la de Juan.

Durante el primer encuentro con Fulgor, Pedro Páramo le da a entender, en pocas palabras, sus intenciones de hacerse imponer no sólo sobre su administrador, sino sobre las personas con las que su padre contrajo deudas:

> —¿Y lo del Aldrete?
>
> —¿Qué se trae el Aldrete? Tú me mencionaste a los Preciados y a los Fregosos y a los Guzmanes. ¿Con qué sale ahora el Aldrete?
>
> —Cuestión de límites. El ya mandó cercar y ahora pide que echemos el lienzo que falta para hacer la división.
>
> —Eso déjalo para después. No te preocupen los lienzos. No habrá lienzos. La tierra no tiene divisiones. Piénsalo, Fulgor, aunque no se lo des a entender. (SIII: 9DN, págs. 40-41.)

---

[18] La tez morena de Juan Preciado es una conjetura basada en lo que le informa Eduviges: «Claro que yo era mucho más joven que ella. Y un poco menos morena» (SI: 4DN, pág. 21). También, el hecho de que Juan lleve el apellido materno se toma como signo de *temperamento* y *apariencia física* (por atavismo): el apellido, pues, no como señal de legitimidad o bastardía sino como expresión de carácter y rasgos fisiognómicos. La tez blanca de Miguel es mencionada en forma explícita por Gerardo Trujillo, licenciado de Pedro Páramo, en relación a mujeres fecundas por Miguel: «¡Date de buenas que vas a tener un hijo güerito!, les decía» (SIV: 18DN, pág. 168). La oposición rubio/moreno, por otra parte, confirma una vez más, los caracteres diurno y nocturno de Miguel y Juan, respectivamente.

Aquí, en breve, está en condición embrionaria todo un proyecto que culminará allá por 1911, año en que Pedro Páramo es dueño de todo Comala. La razón por la que muere Toribio Aldrete es, claramente, por una «cuestión de límites», por un lienzo que según Pedro Páramo nunca existirá («No te preocupen los lienzos. No habrá lienzos»). Sin embargo, pasados los años, Pedro Páramo olvida este pleito, según atestigua lo dicho por Miguel la noche en que muere y visita a Eduviges:

> —Se me perdió el pueblo. Había mucha neblina o humo o no sé qué; pero sí sé que Contla no existe. Fui más allá, según mis cálculos, y no encontré nada. Vengo a contártelo a ti, porque tú me comprendes...
>
> —Sólo brinqué el lienzo de piedra que últimamente mandó poner mi padre. Hice que el *Colorado* lo brincara para no ir a dar ese rodeo tan largo que hay que hacer ahora para encontrar el camino. Sé que lo brinqué y después seguí corriendo; pero, como te digo, no había más que humo y humo y humo. (SIII: 1DN, pág. 26.)

¿Por qué habrá decidido Pedro Páramo poner un lienzo (y de piedra) en la Media Luna? ¿Gesto simbólico en el que se aísla para acentuar más su poder, formando ese espacio para el amo y el otro, allende el lienzo, para los subordinados comalenses, a quienes tanto odió la joven Susana? Otra posible razón, más oscura de hontanar, es la culpa ligada al crimen de Toribio Aldrete, culpa que Miguel (heredándola de padre y madre) paga con su vida exactamente en el espacio en el que se hubiera construido el lienzo, diecinueve años antes, según solicitud y cálculos de Toribio Aldrete:

> —El hizo bien sus mediciones. A mí me consta.
>
> —Pues dile que se equivocó. Que estuvo mal calculado. Derrumba los lienzos si es preciso.
>
> —¿Y las leyes?
>
> —¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. (SIII: 12DN, pág. 44.)

El camino de Contla es camino de peregrinación y remordimiento (P. Rentería), o de muerte y retribución (Miguel Páramo). La pareja dioscúrica, sangre de Páramo, a la vez cumple una función de tiempo y espacio: temporalmente, Juan es asociado a Toribio Aldrete por concordancia de concepción/crimen y por ser hijo del que ordena el asesinato; Juan consiguientemente, *empieza a morir en el lugar del crimen* y muere en la plaza, «al filo de la medianoche», *ahorcado* («pescuezo» fracturado) por la falta de aire y por el miedo. Sincrónicamente, Juan y Toribio mueren a la misma hora y en forma equivalente, «ahorcados».

Miguel, por otra parte, muere en el lugar marcado por *la causa del crimen:* el lienzo. Y su muerte es equivalente en tanto que muere con el cuello fracturado, al igual que su caballo («con el pescuezo echado hacia atrás»). La dualidad formada por la causa y el lugar del crimen encuentra una perfecta simetría con las respectivas muertes de Juan y Miguel.

En cuanto al fenómeno cósmico, la noche en que entierran a Miguel el firmamento se llena de luminarias, correlato celeste del fuego infernal que es imán de toda culpa y pecaminosidad, y vaticinador de lo que será Comala en pocos años: lugar de intenso calor, un pueblo muerto. Estas luminarias celestes (lluvia de fuego) a la vez son vistas por gente de Comala (SIII: 5DN), y por el P. Rentería (SIII: 6DN), quienes

interpretan este fenómeno según un código sobrenatural (lluvia de estrellas = signo celestial). Este fenómeno cósmico tiene una patente correlación con el cometa Halley, que tanta consternación y pavor causó en México, interpretándose como una «mala señal» o como el fin del (un) mundo [19]. Qué decir sino que este fenómeno cósmico tiene la misma función en *Al filo del agua* (1947), ya que el cometa es el heraldo del fin de un mundo (el Porfiriato) y el principio del nuevo México que surgirá de la Revolución de 1910. Esta homología de elementos entre *Al filo del agua* y *Pedro Páramo* tiene, por consiguiente, parecidas connotaciones políticas aunque —según comentaremos más adelante— sean en verdad de carácter diametralmente opuesto. Lo importante es observar que esta *lluvia de fuego* tiene un valor conmutable tanto por Comala como para México como nación, dada la concordancia histórica entre el fin de un dictador (Porfirio Díaz) y el principio del amenguamiento de un cacique (Pedro Páramo). Entre ambos —seres cuyos nombres sugieren la presencia de la cantera y la piedra, del edificio y la estatuaria, de sangre endurecida— se marca el término de una época local/nacional.

13

Intentemos ahora establecer una cronología de *Pedro Páramo,* según detalles encontrados en la narración. Sabemos que poco después del inicio de la Revolución, Pedro Páramo se prepara a recibir a Susana San Juan, pensando lo siguiente: «Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo» (SIV: 4DN, pág. 86). A la vez, sabemos que Pedro Páramo muere allá por 1927, según Dorotea («Y ya cuando le faltaba poco para morir vinieron las guerras ésas de los "cristeros"», SIV: 4DN, pág. 86). Lo mismo se deduce del diálogo entre doña Inés Villalpando y Abundio Ramírez (en SV: 3DN, pág. 124) poco antes del asesinato de Pedro Páramo a manos de Abundio. Se puede inferir, también, que al irse de Comala, Susana San Juan tendría por lo menos unos trece años y que Pedro Páramo tendría casi la misma edad (pese a la aparente preponderancia de Susana respecto a Pedro, véase SII: 1DN, pág. 16). La adolescencia es hecha manifiesta en el hecho de que Susana, al morir su madre

[19] Véase LUIS GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo,* 3.ª edición (México: El Colegio de México, 1979), pág. 417. Imprescindible para toda lectura de Rulfo, citemos de este libro lo siguiente: «Un hecho imprevisto vino a descomponer las cosas en febrero de 1881, fecha aproximada de la muerte del abuelo de Pedro Páramo y fecha en que entra de lleno la mengua de su patrimonio. Después de muchos días de lloviznas y heladas "se desató un viento huracanado que apenas permitía moverse". Del viento salió "una nevada que comenzó al anochecer y terminó al clarear". La nieve subió más de tres pulgadas. El sol amaneció más brillante y radioso que nunca. Nadie había visto antes nada parecido. La nevada le restó lucidez al cometa. Los cometas, como las visitas de obispo, eran raros, pero sucedían. Como los señores obispos, los cometas eran vistosos. Al contrario de los obispos, los cometas eran portadores de calamidades: hambruna, guerra y peste. La blancura y el brillo de la nevada, las plumitas de algodón y vidrio hicieron época. La nevada vino a cerrar la época que abrió la aurora boreal» (pág. 73). Diremos que esto nos prueba lo que nos demuestra, recorriendo a una expresión de la *Cuarraca* (más bien, de los santos): el mundo —en su sentido más alto— no es como unos piensan, «sin sentido» o «una Babel». El mundo no está ni vacío de sentido, ni mucho menos hay en él confusión: es una precisa y continua diseminación de signos. Lo que pasa es que el hombre, en ocasiones, no sabe interpretar su contorno terrestre o cósmico.

(antecedente inmediato a su partida de Comala), asocia su cuerpo naciente con la vitalidad de la naturaleza exterior:

> Por la puerta abierta entraba el aire, quebrando las guías de la yedra. En mis piernas comenzaba a crecer el vello entre las venas, y mis manos temblaban tibias al tocar mis senos. Los gorriones jugaban. En las lomas se mecían las espigas. (SIV: 1DN, pág. 80.)

La llegada de Bartolomé y Susana a Comala se efectúa por el año de 1912: Bartolomé se encuentra en la sierra; al aproximarse la contienda civil a esas partes remotas es señal de que la Revolución habría empezado con algo de anterioridad. Pedro Páramo tendría entonces unos 43 años, muriendo de 58 en 1927. Nace, por consiguiente, por los años del triunfo de la Reforma, en 1869, a dos años de su logro. Al morir en 1927, Pedro Páramo muere en medio de las guerras cristeras.

Dado el carácter dioscúrico de Dolores y Eduviges, sus respectivos hijos no debieron haber nacido con mucha diferencia de años. Al saber que Miguel muere aproximadamente de diecisiete años (según Pedro Páramo, SIII: 26DN, pág. 68), y basándonos en el hecho de que cuando Susana regresa a Comala (1912) ya *ha muerto Miguel,* tendremos por resultado que Miguel nace aproximadamente en 1894, al igual que Abundio Ramírez, quien resulta ser de la misma estatura que Juan:

> Después los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.
> —Yo también soy hijo de Pedro Páramo —me dijo.
> Una bandada de cuervos pasó cruzando el cielo vacío, haciendo «cuar, cuar, cuar» [20].

---

[20] La Naturaleza tiene una función constante y muy significativa en la obra de Rulfo: la descripción del paisaje, más que una presencia ornamental, es una presencia *ominosa* (e. g. «El Hombre», «En la madrugada») o *simbólica* (e. g. «Luvina», «Nos han dado la tierra»). Lo mismo acontece con las aves: son ominosas en el relato «En la madrugada» (la *lechuza* y lo que ese día significaría para don Esteban) y en *Pedro Páramo* (el *correcaminos* y Juan, que se *detiene* y muere en Comala); son simbólicas en «La Cuesta de las Comadres» (los *zopilotes* que se elevan al compás de los «tronidos» de los cohetes, por encima del cadáver mutilado de Remigio Torrico) y en *Pedro Páramo:* la bandada de cuervos haciendo *cuar, cuar, cuar.* Léase esto en el contexto de la novela y caeremos en la cuenta de que el *correcaminos* se asocia con lo inhóspito del lugar (peor que el infierno, según Abundio), mientras que los cuervos se relacionan con los *hijos* de Pedro Páramo. El hecho de que sea una *bandada* de cuervos (homólogos en aspecto), todos de la misma casta, sirve de correlato respecto a los hijos reconocidos en la novela como hijos de Pedro Páramo (habrá, quizá, más, pero en la novela se reducen a su aspecto implícito). Tres son los hijos nombrados en la novela —Juan, Miguel y Abundio—, correspondiendo a los tres sonidos de los cuervos. Esta reducción metafórica sufre, a la vez, otra transformación, convirtiéndose también en signo de las tres *variantes* filiales que tuvo Pedro Páramo: Juan (pasivo, débil de carácter); Abundio (pasivo/agresivo); Miguel (agresivo, fuerte de carácter). Abundio es el fiel de la balanza y es el que —borracho— mata a su padre. Este aspecto trinitario de los hijos tiene correspondencias también con sus respectivas «existencias» *después* de la muerte: Juan (cadáver) *descansa bajo tierra;* Abundio (ánima en pena), *actúa* intermitentemente *sobre la tierra;* Miguel (el «Colorado», por reducción metafórica) *galopa* eternamente *sobre la tierra* (en un espacio determinado). En resumen, en la casta Páramo hay dos transversales: una horizontal y la otra vertical; ésta tiene sus polos entre la región cósmica *(topos ouranós)* y el suelo ctónico, entre el ánima en pena y el cadáver guardado en el seno de la Tierra. La horizontal tiene sus polos entre *hombre* y *naturaleza,* y en ésta hay una constante reducción de lo humano a lo bestial. Abundio y Juan establecen una *verticalidad* en la casta Páramo; la *horizontalidad* la abarca, íntegra, el hijo más semejante a su padre: Miguel. Con su muerte, Miguel parecería perder su horizontalidad, dado el correspondiente fenómeno cósmico (luminarias celestes). Pero he aquí que estas luminarias significan la plenitud y comienzo de la desintegración de Pedro Páramo, marcadas por la muerte del hijo

Siendo el primogénito, Juan Preciado habrá nacido en 1893. Si todo lo anterior tiene alguna concordancia cronológica, entonces Pedro Páramo asesina a Toribio Aldrete —por conducto de Fulgor Sedano— en 1892, año en que se casa con Dolores Preciado.

Pero ya establecido lo anterior, surge otro problema: si Abundio y Miguel nacen aproximadamente en 1894, y si Eduviges se suicida cuando su hijo Miguel tiene escasos días de nacido, ¿cómo se explica el que Abundio, según Eduviges, haya tenido «acuerdos» con ella? («¿Así que todavía me recuerda? Yo le daba sus propinas por cada pasajero que encaminara a mi casa. Y a los dos nos iba bien», SII: 4DN, pág. 19). ¿Qué hacer con esta discrepancia?

Esto parece ser otra ficción de Eduviges, muy ducha en estos quehaceres, mucho más que Damiana Cisneros, quien se ve ante la necesidad de esfumarse repentinamente cuando no puede darle una respuesta satisfactoria a Juan:

> —Sí. Quizá usted debió saberlo.
> —¿Y por qué iba a saberlo? Hace muchos años que no sé nada.
> —Entonces, ¿cómo es que dio usted conmigo?
> —...
> —¿Está usted viva, Damiana? ¡Dígame, Damiana!
> Y me encontré de pronto solo en aquellas calles vacías. (SIII: 14DN, pág. 46.)

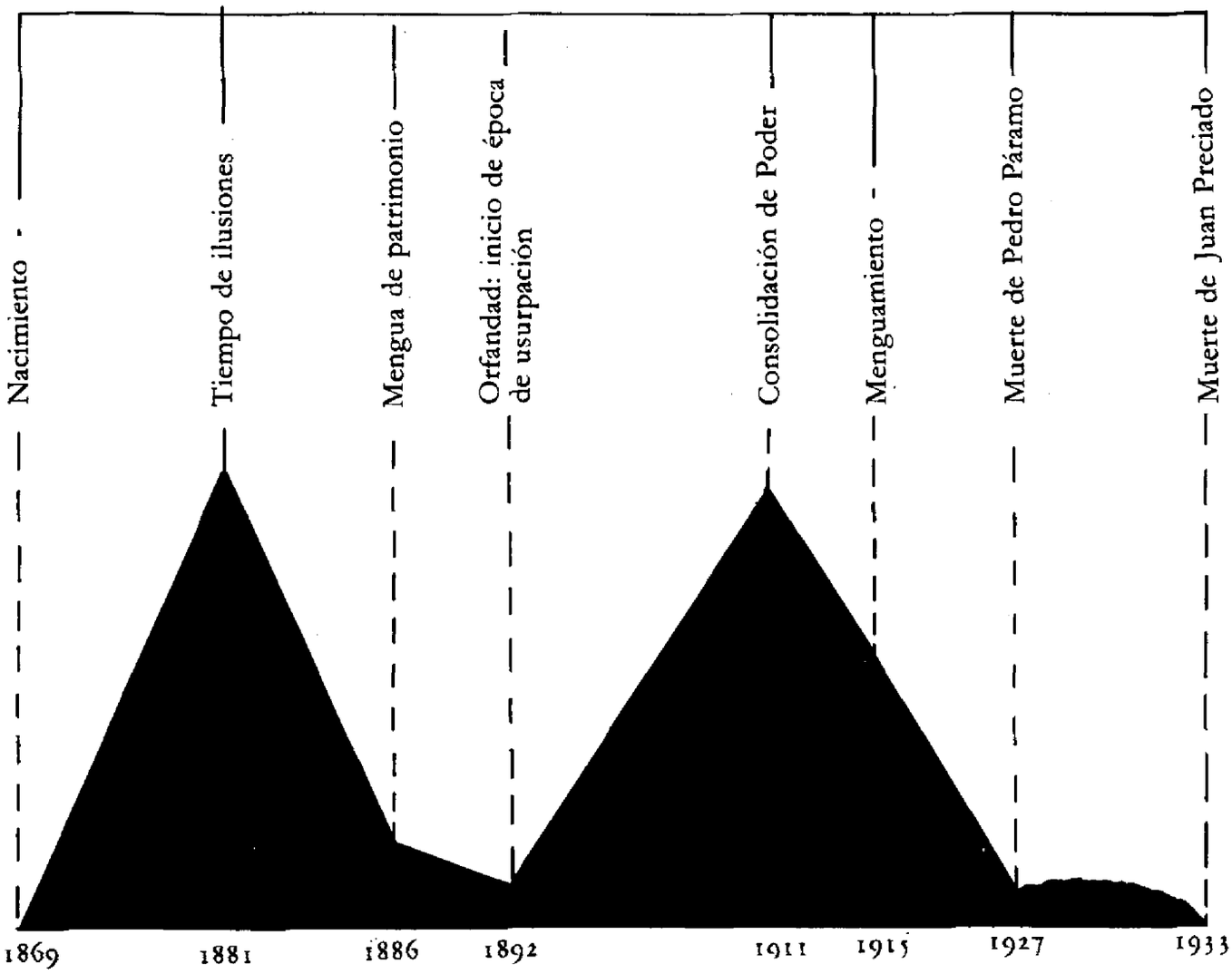
Eduviges enreda bien a Juan con su retórica y ambigüedades; Damiana, más directa y, por lo mismo, más sencilla, se ve ante la necesidad de desaparecer por no tener respuesta que encubra la ficción, o más bien añagaza, que llevará a su muerte al último cuervo de la familia Páramo. Entre Abundio y Eduviges hay, por consiguiente, un acuerdo: ¿propósito? Llevar a Juan directamente a Comala, marcándole el rumbo de su destino, el destino de una prosapia caduca. De aquí que Abundio y Eduviges lleguen a conocerse sólo *después* de muertos; el vínculo que los une es su respectiva relación a Pedro Páramo (aparte del concubinato o genealogía): a través del *homicidio;* Eduviges, por medio de Toribio Aldrete; Abundio, por razón de parricidio. Con estas deducciones por base, ya podemos configurar esquemáticamente la vida de Pedro Páramo, una vida que, como se verá en seguida, se entreteje significativamente en la historia de México:

Pedro Páramo tiene en su vida dos plenitudes, una de juventud y la otra de madurez; ésta, en compañía de Miguel; aquélla, al lado de Susana. Cada uno de estos personajes que señalan sendas plenitudes vaticinan, también —y a su modo—, el desmoronamiento de Pedro Páramo.

---

más próximo al temperamento paterno. El «alboroto» del cielo no se debe, por consiguiente, a la muerte de Miguel sino al principio de la «muerte» de Pedro Páramo. La expresión *más auténtica* de la casta Páramo es, pues, aquella que eternamente cabalga sobre un espacio específico: entre Comala y Contla. Por conducto de sus tres hijos, Pedro Páramo alcanza tres transformaciones: cadáver, bestia, ánima; lo que está bajo y sobre la Tierra, aunque históricamente *muerto.*

Vida de Pedro Páramo



14

La muerte de Susana San Juan no desata ninguna catástrofe cósmica; desata, eso sí, una tempestad (odio) en el corazón de Pedro Páramo, y con esta *lluvia de fuego* muere Comala. A primera vista, la reacción de Pedro Páramo y la resultante muerte de Comala parece basarse en un *malentendido* (por hacer fiesta de lo que debería ser duelo) y un *capricho* (por parte del herido Pedro). Parecería que de tanto vivir bajo el dominio de un cacique, el pueblo olvida lo que es la diversión, la risa, el regocijo colectivo (en *Al filo del agua* funciona el dominio eclesiástico, y la gente tampoco sabe divertirse, cargando siempre —frustrados y neurasténicos— la conciencia del pecado), y, confundido, termina festejando cuando es visitada por gente del exterior:

> Comenzó a llegar gente de otros rumbos, atraída por el constante repique. De Contla venían como en peregrinación. Y aún de más lejos. Quién sabe de dónde, pero llegó un circo, con volantines y sillas voladoras. Músicos... Y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. Comala hormigueó de gente, de jolgorio y de ruidos.
>
> ...fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala.
>
> —Me cruzaré de brazos y Comala morirá de hambre.
>
> Y así lo hizo. (SIV: 25 DN, pág. 120, 121).

Pero la Comala que se muere de hambre es aquella que se queda, «esperando que Pedro Páramo muriera, pues según decían les había prometido heredarles sus bienes, y con esa esperanza vivieron todavía algunos» (SIV: 2DN, pág. 84). Y Juan Preciado no es diferente —aunque, por ser hijo, tenga más derecho— a los que se llenan de ilusiones y hacen su mundo alrededor de la esperanza que es don Pedro. Los más, no obstante, se van de Comala:

> Desde entonces la tierra se quedó baldía y como en ruinas... De allá para acá se consumió la gente; se desbandaron los hombres en busca de otros «bebederos» ...Nos dejaban encargadas sus cosas y su familia.
>
> Luego algunos mandaban por la familia aunque no por sus cosas, y después parecieron olvidarse del pueblo y de nosotros, y hasta de sus cosas. Yo me quedé porque no tenía adónde ir. (SIV: 2DN, pág. 84).

Dorotea divide a Comala en dos grupos: los que se aventuran y van a otros lugares en busca de una mejor vida, y los que se quedan en Comala (los codiciosos o los que no tienen a dónde ir). Entre el espíritu de renovación y el espíritu de avaricia o inercia existencial está dividida Comala. Esta división entre la Comala estancada y la Comala en ebullición y éxodo es la expresión más concreta de los efectos de la Revolución en los destinos del país. Precisamente en SIV es donde emerge la Revolución, y ésta llega a Comala después de la muerte de Miguel Páramo (luminarias celestiales) y precedida por Susana San Juan proveniente de *La Andrómeda.* Nótese, a la vez, que los «revolucionarios» que llegan a Comala son semejantes a Pedro Páramo en cuanto a su rapacidad; por lo mismo, más astuto éste en tales juegos, no le perturban el sueño [21]. Y a falta de Fulgor, el *Tilcuate* se encarga de proteger los intereses de don Pedro [22].

La llegada de Susana a Comala seguida luego por la *bola* equivale al *desquiciamiento mental* colectivo, a las emigraciones a pueblos vecinos con propósitos de robo y devastación. La Revolución no está en esto sino en el espíritu de empresa y en el querer mejorar la vida de los que hasta ese momento sólo conocían el yugo de un

---

[21] Tan semejantes a la vez a los hombres que, por esos mismos años, siguen a Demetrio Macías, robando y envileciéndose. Azuela y Rulfo nos dan imágenes similares de la dimensión moral de los «revolucionarios», tales como Pedro Zamora quien, convirtiéndose en toro (bestialización figurada), juega y mata al administrador y al caporal de una hacienda del Cuastecomate *(El llano en llamas);* o Perseverancio y demás revolucionarios en *Pedro Páramo,* tan semejantes a la Pintada y sus comilitones en *Los de Abajo.* Según la Pintada, «¡Qué brutos...! Pos de dónde son ustedes...? De dónde vienen—Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces, pa quén jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines... A ver, Pancracio, presta acá tu marrazo...» *(Los de Abajo,* XIIa, reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, págs. 78-79).

[22] Según el *Diccionario de Mejicanismos, tilcuate* es una palabra azteca *(tlitic,* cosa negra, y *coatl,* culebra), y equivale a una «especie de boa... culebra acuática» (pág. 1046). Al llegar los revolucionarios a la Media Luna, invitados a cenar por Pedro Páramo, Fulgor ya ha sido asesinado por aquéllos; ahora, sin embargo, ha sido reemplazado por el *Tilcuate,* quien esa noche se limita a estudiar a los que andan en la *bola.* Pedro Páramo también escudriña los rostros, pero «No se le hacían caras conocidas. Detrasito de él, *en la sombra,* aguardaba el *Tilcuate»* (SIV: 13DN, pág. 100, nuestro subrayado). La víbora o serpiente muestra, una vez más, su proximidad semántica a Pedro Páramo, ya como medio de maldad o defensa (el *Tilcuate)* o como vástago (Miguel, de niño; ver SIII: 29DN, pág. 73).

Poder centralizado. En SIV tenemos, en fin, *dos caras* de la Revolución: aquella en que hombres de otra región se levantan en armas pero con las únicas intenciones de robar y destruir poblaciones vecinas (y el *Tilcuate,* incluso, cae luego en esta categoría), y la otra en que gente de poblaciones hasta entonces en casi total aislamiento (caso del pueblo bajo el padre Dionisio, en *Al filo del agua;* a la vez, cuán distinto del *Tilcuate* es Rito Becerra, personaje de la misma novela de Agustín Yáñez), de pronto se comunican con el exterior y brota la noción de cambio, renovación, a un nivel nacional. Y la muerte de Susana San Juan hace propicia esta *exteriorización* de Comala al ser visitada por fuereños:

> Comenzó a llegar gente de otros rumbos, atraída por el constante repique... y aún de más lejos... y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. Comala hormigueó de gente, de jolgorio y de ruidos. (SIV: 25DN, págs. 120, 121.)

Dada la importancia tanto de Miguel como de Susana en la vida de Pedro Páramo, no sorprendería que aquél marcara (con su muerte) el principio de la desintegración del *mundo* de Pedro Páramo y que Susana (con su muerte) fuera el correlato espiritual de este mismo mundo. La muerte de Susana, por consiguiente, funciona como la muerte espiritual de Pedro Páramo y lo que él representa. Creo que hay alguna validez en esta conjetura. Veamos la base de esto y para ello acudamos a un narrador omnisciente que se encarga de informarnos al respecto:

> Al alba, la gente fue despertada por el repique de las campanas. Era la mañana del 8 de diciembre. Una mañana gris. No fría, pero gris. El repique comenzó con la campana mayor. La siguieron las demás... Pero el repique duró más de lo debido. Ya no sonaban sólo las campanas de la iglesia mayor, sino también las de la Sangre de Cristo, las de la Cruz Verde y tal vez las del santuario. Llegó el mediodía y no cesaba el repique. Llegó la noche. Y de día y de noche las campanas siguieron tocando, todas por igual, cada vez con más fuerza, hasta que aquello se convirtió en un lamento rumoroso de sonidos. Los hombres gritaban para oír lo que querían decir: «¿Qué habrá pasado?», se preguntaban. A los tres días todos estaban sordos. (SIV: 25DN, pág. 120.)

Estamos ante un problema interpretativo en el que, por razones metodológicas, me limitaré a lo más esencial. En primer lugar, este *estruendo* o *tañido desmesurado* es el correlato acústico de las luminarias celestiales que, por su parte, también se asocian con el *ruido* («—Miren no más —dijo Terencio— el borlote que se traen allá arriba», SIII, 5DN, pág. 33) y que a la vez son ocasión de interrogaciones y desquiciamiento, aunque de *signo opuesto:* en cuanto al *fenómeno cósmico,* la gente pregunta: «¿No será mala señal?» (pág. 33). Respecto al *fenómeno acústico,* la gente se pregunta: «¿Qué habrá pasado?» (pág. 120). Este, por tanto, marca un *hecho consumado;* aquél, inversamente, señala un *hecho por consumar.* Ambos fenómenos —valga la reiteración— encierran el doble aspecto que caracteriza la caída de Pedro Páramo (y de Comala): el *moral* y el *histórico.* Las estrellas caen a la Tierra en señal de castigo sobrenatural («había estrellas fugaces. Caían como si el cielo estuviera lloviznando lumbre», pág. 33); el estruendo de las campanas une Tierra y Cielo, invocando la presencia divina. El estruendo causa un desorden auditivo y temporal: todos ensordecen y pierden noción del día y de la noche por el continuo toque de las campanas. El lenguaje de un instrumento de

tinieblas se hace babel: ora marca la hora, luego convoca a misa, continúa tocando a muerto, etc. El *estruendo largo* como presagio de la *noche larga* (falta de «luminarias» y de sol) que luego envolverá a Comala.

Hasta aquí todo tiene su lógica dentro del destino Pedro Páramo/Comala: la *culpa original* y su *retribución* son los linderos que, al igual que lienzos, encierran el destino de Pedro Páramo. La dimensión moral y la microhistoria —porque la historia de Comala *es* la historia de Pedro Páramo— tienen en lo anterior sus propias confluencias. ¿Qué sentido tiene esa microhistoria con respecto a la historia del México posrevolucionario? ¿Existe tal relación?

Según se deduce de lo citado anteriormente (SIV: 25DN, pág. 120), Susana San Juan muere la noche del 7 de diciembre, iniciándose el *estruendo* de las campanas en el *amanecer* del día 8 de diciembre, es decir, el día en que la Iglesia festeja el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen. De aquí que el estruendo de las campanas (1) corresponda a dicha celebración y que (2) Pedro Páramo malinterprete esta fiesta pensando que es un insulto a la memoria de Susana. Pero no es esta comedia de errores donde se encuentran las estructuras significantes, sino en el sentido que adquiere esta fecha una vez que se la opone a otra: al 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, celebración que aparte de ser nacional tiene connotaciones políticas.

De la misma forma en que dos fenómenos —cósmico, acústico— marcan el descenso y caída de Pedro Páramo, y según vemos que hay *dos caras* de la revolución a un nivel sociológico (los ladrones y criminales por un lado, los hombres de empresa y tejedores de un futuro por el otro), debe haber, en relación simétrica, las dos caras de la revolución a un nivel *espiritual.* Con la muerte de Susana (noche del 7 de diciembre de 1915) muere también Pedro Páramo en sentido metafórico; es decir, Comala muere espiritualmente. Y la muerte de Pedro Páramo en 1927, en un sentido literal, corresponde a la muerte de su pueblo (queda un pueblo fantasma). Ya que esta muerte ocurre por 1933, podemos entonces deducir que si el destino de Pedro Páramo-Comala es congruente con los destinos del país, entonces (1) el México que se nutrió bajo la sombra del Porfiriato *empieza a morir* en 1911 (vaticinado por «luminarias celestes»); *muere espiritualmente* en 1915 (con la vertiente histórica que nació de la convención de Aguascalientes) [23]; y que *muere del todo* en 1933, año en que regresa

[23] Los años de 1911-1913 (muerte de Miguel Páramo y llegada a Comala de Susana San Juan) son años de esperanza para el México revolucionario, pues con la partida de Porfirio Díaz (1911) a Madero se le brindaba la oportunidad de abrir un nuevo capítulo en la historia de México. Pero esta esperanza no dura mucho tiempo; el año de 1913 marca el año de la Decena Trágica y del asesinato de Madero. La reacción Huertista se apodera del país y el Porfirismo parece brotar con nuevo vigor, haciendo de los años 1913-1914 un lapso de confusión nacional (simétrico a la locura de Susana San Juan por estos mismos años). Para 1915, no obstante, el Porfirismo —como viabilidad histórica— es cosa *muerta;* el último intento de palingenesia porfirista —Victoriano Huerta— se exila del país el 15 de julio de 1914, dejando a México en manos de los convencionistas, quienes pronto se bifurcan en campos antagónicos. Al analizar esta dualidad de facciones, Martín Luis Guzmán escribe que: «Se trataba de salvar a la Revolución quitando de enmedio dos peligros: un peligro mayor —Carranza— y otro menor —Villa—. El primero representaba el falseamiento de la verdad revolucionaria y la vuelta, sin otra guía que las propias ambiciones, a la disputa del poder. En el segundo, se personificaba el desenfreno de la acción, domeñable sólo con la inteligencia. Mas los generales, que en su gran mayoría habían hecho la Revolución movidos por un impulso colectivo vago, aunque noble

Juan Preciado a Comala y a punto de inicarse la nueva visión histórica propuesta al pueblo mexicano por la presidencia del general Lázaro Cárdenas. En una carta dirigida a Víctor Paz Estenssoro, Lázaro Cárdenas comenta lo siguente:

> La Revolución Mexicana, iniciada por Madero, es poseedora de dos estatutos que contienen los objetivos que arrastran a la lucha a la masa campesina: el Plan de Ayala de 28 de noviembre de 1911 y la Ley de 6 de enero de 1915. La primera es la expresión de los anhelos populares, tal como los interpretó un campesino genuino, Emiliano Zapata. La segunda es la manifestación de esos mismos anhelos interpretados, después de una lucha intensa por destruir el poderío político de los terratenientes [24].

(secundado por ansias personales ya no tan nobles ni tan vagas), no estaban lo bastante capacitados para convertir en idea altruista útil lo que sólo había actuado en ellos como solicitación confusa. A la piedra de toque del patriotismo, los más respondieron con sus ambicioncitas personales, tan pequeñas, tan mezquinas, que, abarcándolos a todos en una sola mirada, no se comprendía que fueran ellos los autores de la Revolución ni, menos, que merecieran haberla hecho» *(El águila y la serpiente* [México: Compañía General de Ediciones, 1968] pág. 314). Pero la dualidad Carranza/Villa tampoco dura mucho. En la Convención de Aguascalientes, Carranza es eclipsado por la nueva dualidad que emerge con Zapata y Villa, personajes que desconfiaban de Carranza (antaño porfirista, hogaño revolucionario). Y no es de sorprender esta desconfianza; según Womack, «Senador de los congresos porfirianos, viejo corpulento e imperioso, de tez coloradota, anteojos oscuros y barbas a la Boulanger, montado en su caballo como si estuviese en un sillón, Carranza era, políticamente, obsoleto» *(Zapata y la Revolución Mexicana,* trad., Francisco González Aramburu [México: Siglo XXI, 1969] pág. 206). De aquí que el *espíritu* de la Convención —semillero del nuevo México que está por aflorar a la historia— se encuentre en la oposición Zapata/Villa. Sabemos que el primero, en forma obstinada, quería que la Convención aceptase el Plan de Ayala, y que encontraba en los convencionistas múltiples obstáculos. Sin embargo, «En la sesión del 28 de octubre, después de debates confusos que duraron todo ese día, logró que la Convención aprobase "en principio" los artículos 4, 6, 7, 8, 9 y 12 del Plan..., el contexto de la votación en favor de los mismos, le dio una significación enorme. La Convención de Aguascalientes era, entonces, el gobierno efectivo de México y su adopción de los artículos del Plan de Ayala, aun cuando no fue más que en principio, era el primer compromiso oficial de llevar a cabo una política de bienestar rural de que se tuviese noticia en la historia de la nación. Que cuatro años antes los científicos hubiesen ejecutado la alta política casi completamente en favor de los grandes terratenientes; que durante el gobierno de Madero los agraristas hubiesen parecido todavía excéntricos reformistas sociales, y que ahora un gobierno anunciase el derecho especial de los pobres del país a recibir sus servicios, esto, por sí solo, indicaba hasta qué punto y hasta dónde la Revolución había dado satisfacción al deseo de justicia de la gente. Y la fuerza motriz del cambio habían sido los revolucionarios de Morelos» (Womack, *op. cit.,* pág. 214). La muerte de Susana San Juan (muerte *espiritual* de Pedro Páramo) concuerda históricamente con el nacimiento del *espíritu* de la Revolución, fuerza histórica que iría contra los Pedro Páramo del país. Y, bien visto, los años 1915-1927, son para Pedro Páramo «años muertos». Pese a lo anterior, para el 7 de diciembre de 1915 (muerte de Susana San Juan), Carranza ya está de nuevo en el Poder, recibiendo el reconocimiento de los Estados Unidos el 19 de octubre de 1915. El México revolucionario, sin embargo, ya había encontrado su signo histórico, y éste se había configurado en la *posibilidad* de destino colectivo en la Convención de Aguascalientes, el 28 de octubre de 1914, día del triunfo zapatista.

[24] Véase GASTÓN GARCÍA CANTÚ: *El pensamiento de la reacción mexicana (1810-1962)* (México: Empresas Editoriales, 1965), pág. 21. Después de Venustiano Carranza, el destino de México estará en manos de hombres fuertes como Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. El año en que muere Pedro Páramo (1927), México está envuelto en una guerra cristera (propiciada por la política de Calles) y a un paso de la insurrección nacional (propiciada por Alvaro Obregón cuando se hacen saber sus planes reeleccionistas). Su muerte coincide, por consiguiente, con una etapa crítica en la incipiente trayectoria de la Revolución, la cual continuaba perfilándose y buscando sus auténticos cauces. De esta coyuntura, se producirá una alternativa: «El levantamiento de Gómez Serrano, el movimiento cristero y el asesinato de Obregón, fueron

En lo anterior se señalan dos estatutos que son razón de ser de la insurrección *campesina* durante la Revolución de 1910. Esto, que a primera vista no monta a mucho, equivale a decir que dicha insurrección es la parte *auténtica* de la Revolución debido a que expresa «anhelos populares» y porque va en contra de una casta formada por los terratenientes. Esencialmente, éste es el problema radical de Comala bajo Pedro Páramo. Notemos, a la vez, que el *Plan de Ayala* es de 1911, año en que, con la muerte de Miguel Páramo, empieza a menguar el poderío de Pedro Páramo; el 6 de enero de 1915 equivale al anuncio de la próxima muerte *espiritual* de Pedro Páramo (7 de diciembre de 1915), anuncio que se da en fecha de obvio sentido religioso: el nacimiento del hijo de Dios entre los hombres, o sea, la posibilidad de redención.

Si es que estas deducciones son válidas —y esto significa que se basan en la lectura del texto y no en inferencias descabelladas que poco o nada tienen que ver con *Pedro Páramo—;* si es que tienen validez, entonces el *origen espiritual* del México revolucionario debe tener su matriz en 1915, en Comala, en la relación de dos fechas: el 8 y el 12 de diciembre; por un lado el dogma *universal* de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y, por el otro, el dogma *nacional* del guadalupismo [25]. La pareja dioscúrica formada por estas dos vírgenes —una blanca y la otra morena— equivaldría a la base espiritual que toma raíces históricas en el catolicismo europeo y en la Iglesia que se establece en México a partir del siglo XVI, siglo de la aparición en el Tepeyac a pocos años de la Conquista.

Pero Juan Rulfo no es «optimista» como, digamos, Agustín Yáñez en *Al filo del agua* (1947), ni es el Carlos Fuentes de *La muerte de Artemio Cruz* (1962), novelas en que la concepción histórica de México encierran un planteamiento distinto. Y hay indicios en *Pedro Páramo* que nos llevan por otros senderos, casi opuestos a los de Yáñez y Fuentes.

---

hechos suficientes para que Calles, en su último informe presidencial, se planteara la conveniencia impostergable de "orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional", procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de "país de un solo hombre" a la de "nación de instituciones y de leyes", Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México* (México: Siglo XXI, 1979), pág. 29». Con la muerte de Pedro Páramo, consiguientemente, sigue una etapa plenamente Callista, la cual se extiende hasta 1935, año en que sale de México, dada su oposición a la política obrera de Cárdenas. Estos equivalen a veinte años de *encubrimiento* o confusión en el ser nacional (1915-1935), veinte años de lucha por el Poder. Con la muerte de Juan Preciado en 1933, llega a su término la casta Páramo y a la vez culmina la gran crisis de 1929-1933, crisis que —según Rodríguez Araujo— «actuó como factor objetivo en la consolidación del grupo reformista, pues mostró la incapacidad de la facción Callista y originó descontento entre las masas por el paro y la desocupación» *(op. cit.,* pág. 31, cita 18). Estos años de 1929-1933, por otra parte, concuerdan justamente con la *noche larga* de Comala; con Lázaro Cárdenas, el espíritu de la Revolución, nacido en la simiente zapatista de la Convención de Aguascalientes, vuelve a animar el cuerpo del país. «Uno de los primeros actos del gobierno cardenista —añade Rodríguez Araujo— fue reconquistar el apoyo popular francamente deteriorado por la política represiva, antipopular y reaccionaria de los últimos gobiernos anteriores. El mismo Cárdenas se enfrentó a la burguesía apoyando a los trabajadores en sus huelgas, liberó a los presos políticos, sobre todo del Partido Comunista Mexicano, y se reinició, con más bríos que nunca, la dotación y restitución de tierras» *(op. cit.,* pág. 32).

[25] Quizá no sea del todo una coincidencia el hecho de que Carranza, dos meses después del asesinato de Francisco I. Madero, se levante en armas en contra de Victoriano Huerta, publicando su *Plan de Guadalupe* (abril de 1913). Este Plan es lo que inicia un movimiento que desembocará en la Convención de

El estruendo empieza en Comala el día 8 de diciembre de 1915; esa mañana se describen como una «mañana gris. No fría; pero gris» (pág. 120). A los tres días (o sea, el 11 de diciembre) «Todos estaban sordos», y a ese punto empieza «a llegar gente de otros rumbos, atraída por el contraste repique». La fiesta, por consiguiente, se arma el día 12 de diciembre, día en que «Las campanas dejaron de tocar; pero la fiesta siguió.... Enterraron a Susana San Juan y pocos en Comala se enteraron. Allá había feria. Se jugaba a los gallos, se oía la música; los gritos de los borrachos y de las loterías. Hasta acá llegaba la luz del pueblo, que parecía una aureola sobre el cielo gris» (pág. 121). Entre el 8 y 12 de diciembre de 1915 —días en que se enmarca la posibilidad de concebir el espíritu del México revolucionario (tomando Comala como símbolo del país)— el paisaje de Comala es «gris»; todos ensordecen, gritan y se emborrachan, señalando un *desorden* en dos niveles: (1) no hay comunicación entre sí mismos (i. e., un espíritu concebido en la anarquía y confusión de los sentidos), y (2) en vez de propiciar una conjunción entre el cielo y la tierra por medio de la *invocación sobrenatural* (función de los *instrumentos de tinieblas;* e.g., las campanas) y la *convocación social,* el estruendo establece en Comala una mera conjunción física de varios pueblos, conjunción (confusión) que no conduce a la formación de una comunidad vital y con pujanza histórica, dada la gritería de un conjunto de sordos. La perturbación de los sentidos es sinónima a extrañamiento del mundo, a una desvinculación social. En esto se encuentran dos elementos comunes al origen de Pedro Páramo: (1) la desintegración del patrimonio congruente con el desmembramiento de un pueblo (Pedro Páramo integra a Comala para dominarla y en el proceso le da vida al pueblo; éste, a la vez, se desintegra cuando aquél «se cruza de brazos», es decir, cuando Pedro Páramo cesa de ser una voluntad activa en la historia local), y (2) las *conjunciones reprehensibles* —y, por tanto, estériles— por ser conjunciones físicas y no plenas.

El proceso histórico de México aflora sutilmente a lo largo de *Pedro Páramo.* Corriendo parejo a dicho proceso está —según lo propuesto anteriormente— la noción de la *culpa.* Un ejemplo de un diseño parecido se encuentra en *La región más transparente* (1958), a saber: el poderío y fortuna de Federico Robles tienen dos fechas que señalan el orto y el ocaso del Poder de Robles; ambas fechas coinciden en el día 15 de septiembre, día en que se festeja el Grito de Independencia. En el caso de Federico Robles, el *15 de septiembre de 1938* marca la fecha de su encumbramiento político gracias a su participación en el asesinato de Feliciano Sánchez (líder obrero). Esta *culpa original* tiene su efecto en el destino de Robles, quien ve el abrupto amenguamiento de su Poder en un día fatídico: el *15 de septiembre de 1951.* Es más, esa

---

Aguascalientes, y que se proponía derrocar a Huerta —México porfirista— y «restaurar la sucesión legítima de Madero» (Womack, *op. cit.,* pág. 161). Por otra parte, el 23 de octubre de 1914, Zapata y sus hombres van a la Convención de Aguascalientes, Convención en que rige la oposición Carranza/Villa; Zapata, sin embargo, no se detiene primeramente en Aguascalientes, sino que continúa «en dirección al norte, hasta llegar al cuartel general de Villa, *en Guadalupe,* un poco más allá de Zacatecas» (Womack, *op. cit.,* pág. 213, subrayado nuestro). Cuando por fin llega Zapata a Aguascalientes (26 de octubre de 1914), la alianza Zapata/Villa es un hecho. La Convención tiene, por consiguiente, su génesis como *insurrección combativa* en el *Plan de Guadalupe;* pero la *insurrección espiritual,* es decir, el nacimiento ideológico de la Revolución empieza a configurarse en Guadalupe y se establece como *presencia* en la Convención. En esto, el guadalupismo cierra un círculo perfecto. Notemos, empero, que entre realidad histórica y obra de Rulfo (i. e., *Pedro Páramo)* hay, con respecto al guadalupismo, una relación diametralmente opuesta. En Comala —entre el 8 y 12 de diciembre de 1915—, no se efectúa ninguna «concepción espiritual» en los habitantes del pueblo/nación. Todo se vuelve anarquía, desorden.

misma noche muere su hijo, Manuel Zamacona (nacido en 1915), hijo que nunca llegó a (re)conocer como tal. Como por ironía, Zamacona hace el siguiente comentario en la sección titulada «Para subir al nopal», sección anterior a la que detalla la muerte de Feliciano Sánchez, crimen al que Zamacona —por ser hijo de Robles— se ve unido como cómplice:

> ...no basta atestiguar la miseria y las derrotas de México. ¿A quién son imputables? Te lo digo en serio: por cada mexicano que murió en vano, sacrificado, hay un mexicano responsable. Y regreso a mi tesis: para que esa muerte no haya sido en vano, alguien debe asumir la culpa. La culpa por cada indígena azotado, por cada obrero sometido, por cada madre hambrienta. Entonces, sólo entonces, ese hombre singular de México será todos los mexicanos humillados. ¿Pero quién acarrea los pecados de México, Ixca, quién?

Vayamos ahora a *Al filo del agua,* novela en que abundan situaciones parecidas. Recordar, por ejemplo, la muerte del «difunto Anacleto» en manos de don Timoteo Limón, crimen que éste interpreta como causa de la muerte de su hija Rosalía, de la enfermedad de su esposa y, en fin, como cruz y razón de ser de su desgracia. Dentro del marco nacional/cósmico, véase cómo coincide el cometa Halley (luminarias celestiales) con el ataque del P. Islas (su fin), el surgimiento de Francisco I. Madero («un blanco, chaparro él, de barba, nervioso y simpaticón», según Lucas Macías), y el ocaso de don Dionisio; ¿resultado? La Revolución y el fin de una etapa histórica de México. Este determinismo absoluto llega a su término en *La muerte de Artemio Cruz:* frente a la circularidad histórica propuesta por don Gamaliel Bernal —(«desventurado país que a cada generación tiene que destruir a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores»), noción que resulta profética en el caso de su yerno, Artemio Cruz—, frente a ella Carlos Fuentes propone *otra* alternativa histórica, sugiriéndola en las fechas y topónimos que cierran la novela: La Habana, mayo de 1960 —México, diciembre de 1961. El círculo vicioso marcado por la historia políticoeconómica de México y, por extensión, de todo un continente—, se convierte, al final de esta novela de Fuentes, en una posible línea liberadora. Este fenómeno histórico —cuyo problema esencial es representado por Artemio Cruz y cuya solución es sugerida en lo significativamente histórico de las fechas que cierran la novela— es el espíritu que mantiene en vilo la narrativa de *La muerte de Artemio Cruz,* señalándola como la primera novela mexicana que no sólo enjuicia la Revolución de México sino que se adelanta a indicar su superación. Es una continuación del diálogo latinoamericano respecto a la presencia constante de los Estados Unidos. En esta novela de Fuentes, México es un punto de partida para el deslinde de problemas de Iberoamérica respecto a los Estados Unidos; en la novela de Rulfo, en forma similar, Comala es un microcosmos que encierra problemas nacionales.

Otros ejemplos se podrían aducir para apuntalar las correspondencias entre narrativa y realidad histórica de México. Sirva esto, empero, para dar muestra una vez más de la conciencia histórica que encierra la obra de Juan Rulfo, conciencia histórica que se hace manifiesta una vez que se asocia a las que fundamentan las obras de otros escritores mexicanos quienes comparten inquietudes similares.

La concepción que tiene Rulfo de la *culpabilidad* del hombre tiene raíces bíblicas (Antiguo Testamento) e históricas (México), raíces que —como en el caso de árboles cuyos tentáculos brotan de la tierra— son visibles en constante simetría en la superficie del relato. En cuanto a la historia nacional —y a esa atmósfera de *resentimiento acumulado* que impera en el mundo de Pedro Páramo—, Rulfo hace el siguiente comentario:

> ...hay que entender la historia para entender este fanatismo de que hemos venido hablando. Yo soy de una zona donde la conquista española fue demasiado ruda. Los conquistadores ahí no dejaron ser viviente. Entraron a saco, destruyeron la población indígena y se establecieron. Toda la región fue colonizada nuevamente por agricultores españoles. Pero el hecho de haber exterminado a la población indígena, les trajo una característica muy especial, esa actitud criolla que hasta cierto punto es reaccionaria, conservadora de sus intereses creados. Son intereses que ellos consideraban inalienables. Era lo que ellos cobraban por haber participado en la conquista y en la población de la región. Entonces los hijos de los pobladores, sus descendientes, siempre se consideraron dueños absolutos. Se oponían a cualquier fuerza que pareciera amenazar su propiedad. De ahí la atmósfera de terquedad, de resentimiento acumulado desde siglos atrás, que es un poco el aire que respira el personaje de Pedro Páramo desde su niñez... Vuelvo al punto del posible negativismo de *Pedro Páramo*. No creo que sea negativo, sino más bien algo como lo contrario, poner en tela de juicio estas tradiciones nefastas, estas tendencias inhumanas que tienen como únicas consecuencias la crueldad y el sufrimiento [26].

Dentro de este contexto, Pedro Páramo se convierte en manifestación culminante de cuatro siglos de historia mexicana, historia que se inicia en los años de la Conquista —con la usurpación de tierras y genocidio de la población nativa— y que se cierra en 1927, año en que México —en medio de conflictos de carácter religioso y político— está atravesando una etapa crítica de la cual aflorará un México de «instituciones y leyes», es decir, un México regido por un partido (PNR) y ya no por caciques regionales. Con la muerte de Pedro Páramo termina, en otras palabras, la *fragmentación* del país, convirtiéndose en nación *en potencia*. En la obra de Rulfo hay, por consiguiente, además de una reflexión crítica sobre la Revolución de 1910, un «poner en tela de juicio» toda la historia mexicana a partir de la Conquista. Y esta reflexión crítica sobre una revolución y una historia nacional se basa, finalmente, en una interrogación respecto a un pasado personal: biografía, escritura e historia son, por consiguiente, elementos fundamentales en toda lectura de Rulfo.

Pedro Páramo nos sitúa ante fuerzas atávicas que condicionan nuestro comportamiento más cotidiano. ¿En dónde se encuentra el origen de la culpa? Según Rulfo, en nuestra génesis histórica. Ahora bien, ¿de dónde vendrá la sangre que limpie esta culpa original? Una respuesta afirmativa a esta interrogación equivaldría a una inversión de Rulfo, pues en su obra el hombre no es un ser perfectible; el hombre, al igual que en el Antiguo Testamento, no puede evadirse de una historia de culpabilidad. Es la herencia que universalmente define al hombre. La esperanza ecuménica del Nuevo Testamento, al igual que la presencia de los héroes de la mitología griega, está

[26] SOMMERS: *La narrativa de Juan Rulfo*, págs. 21-22.

totalmente ausente de la obra de Rulfo: entidades como cristianismo, Ulises, Telémaco, etc., equivalen a flora de otro jardín, y son ajenos a la cosecha que se ha de recoger. El fanatismo, la anarquía social y la voluntad de poder —frutos de un *resentimiento acumulado*— participan de un sistema correlativo a una religiosidad desviada, a una falta de misión colectiva y a la *discontinuidad* del poder por conducto genealógico. Como subsuelo del campo semántico en la obra de Rulfo, se encuentra la historia de un pueblo que, dirigido por un clero venal (en *Pedro Páramo)* o por un clero en lucha armada defendiendo sus intereses (la rebelión cristera), nunca llega a asimilar preceptos de conducta que le permitan vivir en comunidad: como *El Golem* de Borges, este pueblo se encuentra «aprisionado en esta red sonora», o sea, oprimido por *retóricas de manipulación* —de caciques, curas y gobernadores— tales como los encontramos en *Pedro Páramo,* «El día del derrumbe», «Nos han dado la tierra», etc. El hombre se percibe dentro de una contextura existencial ligada aún a la naturaleza, *anterior* a la cultura y vinculada aún a sus orígenes históricos: he ahí la razón por la cual en Rulfo no se afirme una concepción del espíritu nacional, ni se vea el surgimiento de una misión o proyecto que consolide a un pueblo, en este caso México.

Toda referencia a un Paraíso en la obra de Rulfo es, consiguientemente, una proposición limitada y, por lo mismo, insatisfactoria. La razón reside en que en Rulfo el problema central no está en cómo regresar al Paraíso, sino en el qué hacer una vez que el hombre ha sido arrojado de ahí. Glosando superficialmente el Génesis, descubrimos una secuencia narrativa que tiene como aparente fin el mostrar cómo un pueblo emerge a la historia (y por encima de la muchedumbre no protegida por un dios como el de la casta de ese «triunvirato» que es Seth, Noé y Abraham), con el auxilio divino y a pesar de ser, también, herederos de la culpa original. Desde los primeros hijos de Adán y Eva, se inicia una bifurcación genealógica entre buenos y malos —Abel y Caín—, entre la progenie que teme y obedece a Dios y aquella que, olvidándose de sus leyes, cae en la degradación moral y en la *incomunicación* con Dios. El Génesis, por tanto, es la narración de cómo una genealogía que conserva su mediación con Dios (e. g., Seth-Noé-Abraham-Isaac, etc.), logra convertirse en *pueblo elegido.* La obra de Rulfo nos narra la historia del *otro* pueblo, que nunca llega a recibir el beneplácito divino; en otras palabras, es la versión opuesta a la del pueblo que perdura en la historia, protegido por una divinidad constante. Por consiguiente, en Rulfo no hay mediación con Dios; la tierra está maldita y sólo da frutos agrios; no existe la idea de pueblo ni, mucho menos, de una visión nacional. Hay líneas genealógicas (Páramo), pero *truncadas;* no hay alternancia entre la noche y el día, sino una *noche larga* (castigo de Dios, véase Exodo, 10: 21-22), es decir, tinieblas que equivalen a un estado *anterior* a la Creación, etc.

Si se buscase un personaje bíblico con el cual Pedro Páramo pudiera tener una serie de relaciones, ya sea de oposición o simetría, ese personaje sería Abraham. Las relaciones simétricas son pocas, pero notables: ambos tienen infinidad de hijos con varias mujeres (el hombre como «padre de muchedumbres»); las esposas que aman —Sara y Susana— son bellas; sin embargo, ambas son *estériles* (la fertilidad de Sara es posible sólo por la mediación de Dios); Pedro Páramo y Abraham son hombres de Poder; en ambos hay un hijo (menor) que mejor representa la casta paterna (Miguel

Páramo e Isaac); a ambos los caracteriza la astucia y el deseo de incrementar su propiedad y bienestar en este mundo, etc. Las oposiciones son las siguientes:

Pedro Páramo	*Abraham*
1. Incomunicación con Dios.	1. Comunicación con Dios.
2. Hombre que impone su lèy.	2. Hombre que obedece la ley de Dios.
3. Muerte de un pueblo (Comala).	3. Nacimiento de un pueblo (Israel).
4. *Discontinuidad* histórica (muerte de casta).	4. *Continuidad* histórica (proliferación de casta).
5. Atavismo nocivo.	5. Atavismo benéfico.
6. Desintegración social.	6. Consolidación étnica.
7. Derrota en país de origen.	7. Triunfo en tierra extraña.

En la vida de Pedro Páramo sólo hay dos seres queridos, uno por razón de sangre y carácter (Miguel), y el otro por motivos de amor (Susana). En estos seres se cifra la esperanza de *continuidad* histórica para Pedro Páramo, y en su conjunto se forma una familia en potencia. Con la muerte de ambos, Pedro Páramo decae hasta reducirse a un hombre en espera de la muerte y deseando reunirse con Susana San Juan. En situación opuesta, Abraham se ve rodeado de sus innumerables hijos —con Isaac como reconocido heredero de la dirección de un pueblo en ciernes—, y de su esposa; con esto se cumple la promesa de Dios que era: «Bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar» (Génesis, 22:17). Para Abraham, las *estrellas* y la *arena del mar* son símbolo único de la fertilidad de su simiente y de su comunicación con el cielo y la tierra; para Pedro Páramo, por el contrario, las luminarias celestiales son símbolo de la muerte de su casta (empezando con Miguel) y del fin de su poder (a partir de la muerte de Susana). La arena del mar, por tanto, equivale a una naturaleza que no fecunda a Susana, sino que —en sus postreros sueños de locura— le sirve de tálamo para que el mar, poseyéndola, la purifique. A una metáfora de seducción le corresponde una imagen de esterilidad (en cuanto a progenie) y de contaminación (en cuanto a contacto nocturno con varón). Cabal figura de tierra endurecida, estéril, Pedro Páramo —al morir— se desmorona, dando fe de un destino en sistemática desintegración.

ROBERTO CANTÚ
Dpt. of Chicano Studies
California State University
5151 State University Drive
LOS ANGELES, Calif. 90032
U. S. A.